

PIRATERIA

george h. white

GEORGE H. WHITE

PIRATERÍA

1.ª EDICIÓN
MAYO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPÓSITO LEGAL B 6.674 — 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nuera, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 800/63

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
782 — Un hombre llamado John.
En Colección SERVICIO SECRETO:
658 — Sangre en el asfalto.
En Colección BÚFALO:
489 — La cuadrilla salvaje.
En Colección CALIFORNIA:
265 — Luchando sobre la tierra.
En Colección SALVAJE TEXAS:
344 — Ha llegado un revólver.
En Colección KANSAS:
165 — El reino de los McHale.
En Colección COLORADO:
290 — La ruta de Kansas.
En Colección ASES DEL OESTE:
130 — El pastor del Colorado.
En Colección BRAVO OESTE:
77 — De buena ley.



CAPÍTULO PRIMERO

EL encuentro tuvo lugar en el "Oriental Bar", la noche del domingo. Fue una verdadera coincidencia, pues Juan iba raras veces a aquel lugar. Él se encontraba encaramado a una de las altas banquetas, cuando un oficial de la Marina le abordó inesperadamente, exclamando:

—¡Caramba! ¿No es usted el teniente Ordóñez?

Juan quedóse contemplando la redonda faz, la piel ligeramente olivácea y los oblicuos ojillos que le sonreían. Recordaba aquella cara, aunque sin acertar el nombre de su poseedor. ¡Conocía tanta gente!

—¿No recuerdas? —el marino le tuteaba ahora en español—. Quinto de Infantería de Marina. Novena Agrupación de Comandos. Joló… Mindanao… Lyte… Leonardo Rivas.

—¡Rivas! —exclamó Juan, dándose con la mano en la frente—. ¡Claro que recuerdo!

Se estrecharon la mano vigorosamente. Rivas seguía sonriendo y sus ojos orientales formaban al contraerse dos oblicuas ranuras en su cetrina y redonda faz, mientras daba amistosas palmadas en la espalda de Ordóñez.

—Quinto de Infantería de Marina… Novena Agrupación… —murmuró Juan—. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Doce años.

—Debíamos ser muy jóvenes entonces.

El filipino se echó a reír.

—Casi no has cambiado.

—¡Oh, he cambiado! —exclamó Juan con amargura—. A ti, en cambio, la vida parece tratarte bien. ¿Qué llevas en la bocamanga? ¿Eres marino?

—Ingresé en la Marina después de la proclamación de independencia. Para muchos de nosotros fue una magnífica oportunidad. Nos hicieron pasar por un examen de aptitudes. Obtuve el grado de segundo teniente. Luego ascendí, me casé… ¡Oh, espera! Voy a presentarte a la señora Rivas. ¿Por qué no vienes a nuestra mesa? Acabamos de llegar.

—Espero a unos amigos —dijo Juan, mirando a su alrededor. Luego asintió—. Pero saludaré encantado a tu mujer.

Poco después, Ordóñez se inclinaba ceremoniosamente ante dos mujeres de raza filipina vestidas con elegantes y descotados trajes de noche. Los amigos de Rivas eran los Pesing, un comandante de la Aviación Naval filipina y su menuda esposa.

—¿Ordóñez? —dijo el comandante Pesing—. ¿Es usted el periodista que recientemente promovió aquel escándalo al denunciar la venta ilegal de armas a los países comunistas?

—Sí, mucho me temo que fuera yo el mismo —dijo Ordóñez, suspirando.

—Su discutido reportaje nos llenó de indignación a un amplio sector de las Fuerzas Armadas —aseguró Pesing—. Sobre todo por lo que se refería a la venta de embarcaciones rápidas a los piratas de Joló.

Leonardo Rivas aclaró:

—Nuestro buque es el “Kanguro”, que mañana entra en servicio para perseguir la piratería en los mares adyacentes, y especialmente en Joló. Hasta aquí realizábamos operaciones anfibias utilizando barcazas de desembarco, pero el sistema era poco efectivo contra los piratas, especialmente porque disponen de barcos muy rápidos y bien armados, frente a los cuales nuestras lanchas estaban en condiciones de inferioridad.

—Muy interesante —dijo Ordóñez, aceptando la silla que sus amigos le ofrecían—. ¿De manera que ahora van ustedes a

combatir a los piratas utilizando helicópteros?

El comandante Pesing miró recelosamente a su alrededor antes de sentarse.

—Tal vez no sea conveniente hablar de ello en este lugar —murmuró—. En fin, no es ningún secreto. Tenemos seis helicópteros del tipo americano “Plátano Volador”, capaz cada uno para un pelotón armado y pertrechado, y hay otros seis en camino desde los Estados Unidos. Para más detalles podría usted venir a visitarnos a bordo del “Kanguro” mañana, antes de zarpar. No dudo que nuestro comandante se sentirá muy honrado con su visita.

Ordóñez vio entrar en este momento a Peter Croft con su esposa, acompañando a una joven de estatura regular, cuyo bien proporcionado y esbelto cuerpo estaba ceñido por un lujoso vestido de noche, de un tejido brillante que la hacía parecer recubierta de escamas de oro. Esta señorita, a su vez, iba acompañada por un hombre alto, delgado y de pelo rubio, casi color ceniza, en quien Juan reconoció a Jira Blacker.

La presencia de Blacker allí era algo que Ordóñez no esperaba, y le desagradó sobremanera.

—Les visitaré mañana a bordo —dijo Juan, apartando la silla en la que estuvo sentado para ponerse en pie.

Era alto, moreno y tenía unos extraordinarios y centelleantes ojos de un singular color verde aguamarina. Había vestido para esta ocasión su mejor chaqueta blanca, y aunque bastante raída y pasada de moda, le sentaba maravillosamente, dándole un empaque y elegancia que para sí hubieran querido muchos de los menudos y regordetes filipinos de la distinguida clientela del “Oriental Bar”.

—Es un hombre impresionante —dijo la joven señora Pesing mientras veía alejarse a Ordóñez—. ¿Español puro?

—Los Ordóñez descienden directamente de una de las más notables familias de los antiguos colonizadores españoles —dijo Rivas—. Creo que una de las ramas de la familia tiene en España títulos nobiliarios. En otros tiempos fueron ricos e influyentes.

—Pues su apariencia actual no es muy próspera —dijo la señora Rivas con mal disimulado despecho—. ¿Se fijaron en el zurcido de su camisa? Su sueldo de periodista no debe dar para gran cosa.

—Pudo haberse quedado en las Fuerzas Armadas al terminar la

guerra. Lo que no comprendo es por qué no lo hizo —murmuró Rivas pensativamente—. Siempre fue un hombre raro.

Mientras tanto, Juan había llegado hasta el mostrador y veía desde allí cómo los recién llegados iban a ocupar una mesa reservada cerca de la pista de baile. La guapa acompañante de Blacker volvía sus negros y ligeramente oblicuos ojos en rededor, como calibrando la importancia de las personas que ocupaban las mesas contiguas.

Casualmente, sus ojos fueron a detenerse en la alta figura de Ordóñez.

“Debe ser ella, la señorita Hang”, se dijo Juan para sí mientras sostenía la mirada de la muchacha.

El “maître” estaba junto a la mesa y la señorita Lu Hang tomó la carta. Ahora era Croft quien miraba a su alrededor como buscando a alguien con la vista.

Repentinamente, Croft se puso en pie murmurando una excusa y vino derecho hacia el mostrador.

—Estaba temiendo que no hubieras venido —dijo Croft.

—Sí, he venido —dijo Ordóñez—. Pero me voy a ir.

—¿Sin presentarte a la señorita Hang?

—Hablemos claro, Peter. ¿Qué es exactamente lo que esperas de mí?

—Tu empleo depende de lo que hagas este noche, Juan. Has armado una enorme polvareda con ese reportaje sobre el tráfico ilegal de armas, en parte por culpa de mi negligencia como director del periódico. Hasta donde me era posible, yo me he disculpado ante Blacker. Ahora te corresponde hacerlo a ti.

—¿Ella es la señorita Hang? —preguntó Juan señalando con la cabeza en dirección a la mesa.

—Sí.

—Nunca creí que fuera tan guapa. Vamos.

Los dos hombres se acercaron a la mesa. Ordóñez conocía sobradamente a la señora Croft, la cual le saludó con una sonrisa y un cordial “¡Hola, John!”.

Jim Blacker, personalmente afectado por el explosivo reportaje de Ordóñez, adoptó una actitud rígida, mientras Croft hacía las presentaciones. La señorita Hang contempló gravemente a Ordóñez

sin tenderle siquiera la mano.

—Siéntese, Ordóñez. ¿Conoce usted al señor Blacker?

—Sí. Al menos le conozco por referencias.

—Por no muy buenas referencias —dijo Blacker secamente.

—Es cierto, no muy buenas —asintió Ordóñez con aplomo. Y tomó asiento.

El periodista contempló con descaro a la señorita Hang. Era muy guapa la señorita Hang; joven, bien formada, con negros y rasgados ojos, ligeramente estirados hacia las sienes denotando su mezcla de sangre oriental.

—He preferido citarle aquí —dijo la señorita Hang—, para dar un carácter más cordial a nuestra entrevista. Croft, ¿llegó el fotógrafo?

—No debe tardar —dijo Croft lanzando una nerviosa mirada a su reloj de pulsera.

—La costumbre, y también la Ley, disponen que cuando un periódico ha de hacer una rectificación, esta se haga por la misma persona que incurrió en el error, en la misma página del periódico y ocupando una extensión aproximadamente igual al artículo motivo de la demanda del perjudicado —dijo la señorita Lu Hang hablando con rapidez y aplomo, dirigiéndose a Ordóñez—. En el caso que nos ocupa, uno de mis periódicos publicó el libelo por el cual el señor Blacker se considera gravemente perjudicado, y usted fue el autor de dicho trabajo. Por consiguiente, usted escribirá otro artículo retractándose de lo dicho, y el “Manila Post” lo publicará en lugar destacado.

—Usted no puede pedirme que haga eso —protestó Juan, sintiendo que enrojecía.

—No es simplemente un ruego, señor Ordóñez. Es una orden —dijo la señorita Hang.

—Nadie puede obligarme a retractarme de algo que es verdad. Si el señor Blacker cree que puede desmentirme, ¿por qué no le ceden ustedes las columnas del “Manila Post” para que se defienda por sí mismo?

—¡Eso querría usted, que yo aceptara la polémica para dar mayor bombo al escándalo y ver así aumentada su popularidad! —rugió Blacker poniéndose en pie—. ¡Le demandaré a usted,

Ordóñez! ¡Le entablaré pleito exigiéndole daños y perjuicios por difamación y ultraje!

—Haga lo que le parezca —repuso Ordóñez encogiéndose de hombros con displicencia—…No conseguirá que me trague mis propias verdades. Y por lo demás, puede exigir cuanto quiera. Soy pobre como una rata.

—¡Un miserable, eso es usted! —chilló Blacker.

—¿Cómo ha dicho? —Ordóñez se puso en pie mirando agresivamente al enfurecido Blacker.

—¡Un mise…!

El puño de Juan alcanzó a Blacker en la boca y lo tiró de espaldas contra una mesa vecina. Se originó el consiguiente tumulto. Una elegante dama de tez amarillenta y ojillos oblicuos protestó airadamente. Llegó el “maître” y la señorita Hang dijo, mirando furiosa a Ordóñez:

—Queda usted despedido.

—Lo siento por usted, señora Croft —dijo Juan. Y se alejó en dirección a la puerta de la calle.

—¡Ese puerco embustero! —rugió Blacker, incorporándose con la ayuda de dos camareros—. ¿Quién se habrá creído que es? ¡Yo le haré morder el polvo!

No lejos de allí, en otra mesa, los comandantes Pesing y Rivas y sus respectivas esposas habían sido testigos de la última y explosiva escena, aunque sin comprender su sentido.

—¡Caramba, Rivas! —exclamó Pesing riendo—. Ese amigo tuyo tiene pólvora en la sangre. ¿Quién es el americano del cabello de estopa?

—Creo que es Blacker, ese comerciante en chatarra complicado en el asunto del tráfico ilegal de armas. Recuerdo haber visto su fotografía en los periódicos, varias veces en la última semana desde que Ordóñez aireó el asunto.

Mientras tanto, Ordóñez se encontraba en el vestíbulo con Lang Chuau, el cual llegaba de la calle con su cámara fotográfica en la mano y el acumulador del "flash” colgando del hombro por medio de una correa. Lang era un cantonés de estatura mayor de lo normal entre los chinos y era considerado como una de los mejores reporteros gráficos de todo el Pacífico occidental.

—¿Llego a tiempo? —preguntó Lang con ansiedad—. ¿De qué se trata, pues?

—Creo que llegas tarde, amigo —le dijo Juan con ironía—. Al parecer se trataba de hacer que nos sacaras una fotografía a Blacker y a mí mientras nos estrechábamos la mano en señal de reconciliación.

—Comprendo. Ya os estrechasteis la mano.

—Le di un puñetazo —gruñó Ordóñez. Y pasó junto al sorprendido Lang saliendo a la calle.

—¿Un taxi, señor? —dijo amablemente el uniformado portero.

—¿Quién se cree que soy? ¿Rothschild? —contestó Juan.

El portero del "Oriental Bar" nunca comprendería lo que Ordóñez quiso decir, lo cual a Juan jamás le importó. La noche era cálida y se dirigió paseando hacia el modesto cuchitril donde habitaba. Pensaba.

"Debo ser un perfecto calamidad —se decía—. Otra vez sin empleo."

Lo malo era que no quedaban en Manila más redacciones de periódicos donde quisieran tomarle. Si dispusiera de dinero para el pasaje hubiera emprendido viaje a los Estados Unidos. No era que allí le estimasen mucho. Antes de la guerra, siendo todavía un jovenzuelo, había acaudillado una de aquellas organizaciones estudiantiles que a cada momento, en el sagrado nombre de la independencia de Filipinas, estaba creando dificultades a las autoridades norteamericanas.

Después de la invasión de Filipinas por los japoneses, Juan se había alistado en la Infantería de Marina de los Estados Unidos, aunque no porque profesara demasiadas simpatías a los norteamericanos. Algunos altos jefes de la administración y la policía norteamericana, todavía debían recordar al autor de aquellas hojas clandestinas al que en más de una ocasión tuvieron que llevar al calabozo.

El carácter inflamable de Ordóñez era su peor enemigo. Y al menos mientras tuvo a qué dedicar la fuerza explosiva de su literatura, se sintió en su terreno. Pero la guerra ya había terminado hacía años, y Filipinas, por fin, había conseguido su tan ansiada independencia. Desde entonces, Juan se sentía descentrado. Algo así debería sentir un cañón que, después de haber vomitado

durante mucho tiempo fuego y metralla, es arrinconado y condenado al desguace concluida la batalla.

Después de tantos años dedicado a proclamar la verdad, el periodismo ramplón y sensacionalista le producía náuseas. Por eso, a fuerza de buscar injusticias y perseguir la maldad, había ido a parar en mitad de aquel asunto del tráfico ilegal de armas. Creía estar haciendo lo que debía al desenmascarar a Blacker y su cuadrilla de pillos redomados. Y he aquí que todo lo que obtenía como premio era ganarse el despido y ser condenado a la indigencia.

El mundo no debería ser así, o él tendría que cambiar para adaptarse a la forma de ser del mundo. Se acordó de Rivas. Diez años atrás, él se habría compadecido de Rivas y todos los que eran como él. Hombres condenados a vivir bajo la esclavitud de la disciplina, a cuadrarse rígidamente y decir siempre: “Sí, señor” a todas las majaderías que quisieran imponerles sus superiores.

Aquella noche, cuando en su cuchitril permanecía echado en la cama, fumando y con los ojos abiertos, tuvo que pensar que acaso él fuera el equivocado. Rivas, sin duda, era más feliz que él. Al menos podía escoger entre tres o cuatro uniformes en buen estado. Cobraba un buen sueldo. Podía pagar alquileres, tener una esposa y un hogar propios. Y todo lo que tenía que hacer era decir varias veces al día: “Sí, señor”.

Entonces, ¿era este el secreto? Al parecer todo se reducía a saber contenerse, tragarse el propio orgullo y saber decir servilmente: “Sí, señor”. Y de esta forma uno podía estar bien considerado, tener amigos, contar con la estimación de sus superiores y cobrar un sueldo.

La fórmula no contaba solo a efectos del Ejército. En todas las restantes actividades de la vida, las gentes se escalonaban en clases y categorías. Los que se encontraban debajo tenían que decir siempre la sacrosanta palabra: “Sí, señor”. O bien: “Sí, señora”.

Si él hubiera dicho “sí” a la señorita Lu Hang, a Blacker y a Croft, ahora sería mejor periodista de lo que había sido hasta entonces.

Todavía más, pues ahora ni siquiera era periodista. Estaba sin empleo. Y sin fondos, que todavía era peor.

El timbre del teléfono repiqueteó en la cabecera de la mesa.

—¿Ordóñez? —era la voz inconfundible de Peter Croft la que sonaba en el auricular—. Temí que después de lo ocurrido hubieras ido por ahí a emborracharte.

—No podía —contestó Juan con amarga sinceridad—. No tengo dinero, ni crédito en los bares que suelo frecuentar. Intento emborracharme con agua, pero no lo consigo.

—Sin ironías, John. Estás en un momento crucial de tu carrera. Reflexiona, sé consecuente al menos por una vez en tu vida. Ya no eres un chiquillo, ni estás en condiciones de ir dando tumbos de un lado a otro… ni eres tan buen periodista como te figuras. Todavía tienes una oportunidad de rectificar, la última. La señorita Hang sale mañana para hacer un crucero de recreo en su yate. Di "sí", y lograré que la patrona te reciba antes de partir.

Juan quedóse reflexionando con el auricular pegado al oído. Era curioso cómo Croft había llegado a la misma conclusión que él. Todo se reducía a pronunciar aquel "sí", y he aquí que tenía la oportunidad, la última oportunidad de hacerlo.

Pero era otra palabra la que seguía sonando en sus oídos con hiriente reticencia.

—¿Qué has querido decir con eso de que no soy tan buen periodista como me figuro?

—Creo que es hora que alguien lo diga, John. Tu inflamado estilo literario iba bien para escribir crónicas anónimas contra los tiranos yanquis y venenosas proclamas contra los invasores japoneses, pero fuera de eso no has demostrado nada. En una guerra sobran temas para enternecer, emocionar o despertar la pasión del público. Pero ya no estamos en guerra. El periodista que ejerce su profesión en la paz es más conservador que el corresponsal de guerra. Escribe para ganarse el pan de cada día y, en último extremo, tiene que inclinarse por conservar el pan. ¿Crees que a mí me gusta admitir que cometí un error al publicar tu maldito reportaje? Sin embargo, tengo que hacerlo para poder seguir dando de comer a mi mujer y mis hijos.

—Peter, sinceramente te compadezco —dijo Ordóñez.

—¡Maldita sea! —aulló la voz de Croft en el otro extremo de la línea—. ¿Por qué no te compadeces de ti mismo majadero? Analiza tu propia situación. No eres un lince para las noticias, ni posees un estilo brillante ni eres tan joven para a tus años ir buscando quien

quiera tomarte como corrector de pruebas o simple ayudante de imprenta. Periodistas de tu clase los hay a montones, con la ventaja de que ellos son jóvenes y pueden mejorar su escuela, mientras que tú estás acabado.

—¡Acabado! —rugió Juan—. ¿Que estoy acabado? ¿Eso es lo que crees?

—No peleemos por una palabra de más o de menos, John. Soy tu amigo. E intento demostrártelo intercediendo por ti. Di que rectificarás y…

—¡Vete al cuerno! —gritó John. Y colgó de golpe.

Se dejó caer desmadejado sobre el lecho. Su mano trémula encendió otro cigarrillo. ¿De modo qué estaba acabado? ¿Era esto lo que pensaban de él?

Aplastó el cigarrillo en el colmado cenicero, se levantó y fue a abrir el cajón de la vetusta cómoda, de donde sacó una carpeta repleta de recortes de periódico.

Hasta muy tarde estuvo Juan repasando minuciosamente su producción de aquellos diez últimos años. Encontró que en su inmensa mayoría, sus artículos y reportajes estaban escritos con estilo puramente convencional, más bien manido y, en general, bastante torpe. Era, lo comprendió al fin, el resultado lógico de un trabajo realizado desganadamente, sin verdadero interés.

Una excepción la constituían los reportajes de su corta estancia en el frente de Corea. Allí volvía a brillar el dramatismo, la anécdota humana, la nota oportuna y genial que daba carácter y personalidad a su propio estilo. Esto era lo suyo. Las interviús a médicos, políticos, deportistas o cineastas famosos que pasaron por Manila; la crónica del suceso corriente, el comentario trivial, eran temas que le aburrían, trabajos efectuados como puro trámite para justificar un sueldo.

Después de esto se sintió más tranquilo. ¿De modo que estaba acabado?

Las primeras luces del día le despertaron. Saltó diligentemente del camastro, se afeitó y tomó una ducha de agua fría. Luego sacó su vieja maleta del fondo del armario, metió en ella un par de mudas, se puso el sombrero de “jipi” y se echó la americana al hombro.

Al salir de la habitación llevaba bajo el brazo la abultada

carpeta llena de recortes de periódico. Hizo un alto en el pasillo para entrar en el lavabo, colgó la carpeta del clavo junto al evacuatorio y volvió a salir.

Media hora después subía por la escalera del “Kanguro” y solicitaba del oficial de guardia ver al comandante Rivas. El comandante Pesing le vio de lejos y acudió sonriente.

—Veo que no olvidó nuestra invitación de enseñarle nuestro barco. ¿Por dónde quiere que empecemos?

Rivas llegó en ese momento.

—¿Cuándo zarpáis? —le preguntó Ordóñez.

—Tan pronto recibamos la visita del almirante Coronas.

Acompañado de sus amigos, Ordóñez visitó las diversas dependencias del barco, empezando por la sala de máquinas para ir ascendiendo a través de los alojamientos de la tripulación, la bodega convertida en taller, el entrepuente y finalmente la cubierta de vuelos donde en aquel momento estaban alineados los helicópteros.

Finalmente, Juan fue llevado por sus amigos al bar.

—Amigos míos —dijo Ordóñez solemnemente después del primer trago de cerveza—, necesito de vosotros un favor. Por los preparativos que he observado, este barco se dispone a emprender una acción muy amplia y peligrosa. Es lástima que no haya a bordo un periodista para historiar esa apasionante lucha contra los piratas. Yo podría ser ese periodista, y en verdad que necesito serlo si no quiero perder mi empleo.

Rivas y Pesing cambiaron entre sí una mirada de perplejidad.

—Temo que sea demasiado tarde, Juan —dijo Rivas—. Con tiempo acaso se hubiera podido arreglar. Al fin, todo habría sido cuestión de buscar influencias para obtener el correspondiente permiso de los jefes.

—¿Quién está al mando de esta operación?

—El vicealmirante Loveda.

—¡Oh, qué suerte! —exclamó Juan, regocijado—. Conozco mucho al vicealmirante. Era un gran amigo de mi padre. ¿Él está a bordo?

—No, pero llegará de un momento a otro.

Cuando el “Kanguro” zarpó aquella tarde, Juan Ordóñez se

encontraba junto a sus amigos en el entrepuente, viendo cómo el muelle daba la falsa ilusión de estar separándose del barco, mientras en tierra agitaban sus pañuelos la señora Pesing y la señora Rivas, que habían acudido a despedir a sus maridos.

CAPÍTULO II

DESDE su sillón de acero, en la torre de vuelos, el vicealmirante Loveda paseaba la mirada de sus sagaces ojos sobre la azul inmensidad del mar.

—Sí, me alegro de que estés entre nosotros —dijo Loveda al silencioso periodista que estaba a su lado—. Esta acción puede resultar un éxito o terminar en una simple cacería frustrada, según la suerte que nos acompañe. De todos modos, verás actuar a nuestros comandos según la más moderna técnica aplicada al arte de la guerra anfibia. El Ejército ha puesto en la picota nuestro proyecto de un buque porta-helicópteros, negándole toda utilidad práctica. La verdad es que el "Kanguro" ha costado casi tanto dinero como si se hubiese construido nuevo, pero ya lo tenemos en servicio, y pese a sus muchos defectos vamos a intentar sacar de él la mayor utilidad.

Ordóñez anotó en su cuaderno sus impresiones en el primer día de navegación:

> "Reina gran animación a bordo. Lo mismo marineros, que aviadores y soldados, esperan demostrar la alta eficiencia de su entrenamiento, así como la eficacia de los modernos sistemas de lucha anfibia contra los piratas."

Personalmente, a Ordóñez le parecía una idea magnífica la de llevar una fuerza embarcada lo más cerca posible del teatro de operaciones y conducirla a tierra por el aire utilizando helicópteros.

Juan conocía bien la especial configuración del archipiélago, constándole que este era casi el único medio de abordar aquellos islotes.

Durante la guerra, al caer las Filipinas en manos de los japoneses, Juan Ordóñez había escapado con su padre y su hermana en uno de los últimos barcos que zarparon de Manila repletos de refugiados. Buscando la ruta que parecía más segura, en vista de los submarinos japoneses que infestaban las aguas filipinas, el capitán del barco escogió la que pasaba por el archipiélago de Joló. Pero el buque fue avistado por los aviones japoneses, los cuales lo atacaron con bombas y lo hundieron.

En medio de la natural confusión, Juan perdió a su hermana y a su padre. El barco se hundió con rapidez, arrastrando consigo al fondo a la inmensa mayoría de los pasajeros. Solamente una veintena de hombres sobrevivieron, entre ellos Juan, y también Rivas, que formaba parte de la tripulación del barco.

Afortunadamente para Juan y sus compañeros de desgracia, la escena había sido presenciada desde uno de los pequeños islotes cubiertos de vegetación por un grupo de "suluks", los cuales salieron en su socorro en un par de juncos.

Los "suluks" eran miembros de una tribu de raza malaya, a quienes los antiguos dominadores españoles de las Filipinas llamaron también "moros", por profesar la religión mahometana. Desde tiempo inmemorial, las tribus guerreras de Joló se habían dedicado a la piratería. Los españoles, y más tarde los norteamericanos, los habían combatidos durante siglos sin lograr exterminarlos jamás.

En manos de estos feroces individuos vinieron a caer los supervivientes del barco hundido.

En general, los "suluks" trataron bien a los náufragos Ciertamente, las condiciones reinantes eran de excepción en aquellos momentos, pues los japoneses iban apoderándose de todas las islas del archipiélago filipino, ocupaban las Célebes y Borneo, e intentaron también desembarcar en algunas de las islas mayores de Joló.

Los "moros" de Joló respondieron al ataque de los japoneses como antes habían contestado a los intentos de españoles y norteamericanos de capturarles y destruirles. Ordóñez y sus compañeros hicieron causa común con los piratas, y los lanchones de desembarco japoneses fueron rechazados o hundidos, quedando parte del material en manos de los irreductibles defensores de las

islas.

Utilizando un receptor de radio capturado a los japoneses, Juan y sus amigos supieron que en todas partes se organizaban guerrillas para luchar contra los japoneses. Juan llegó a un acuerdo con los capitanes piratas, organizándose en una guerrilla que se llamó “Grupo Veinte” y tuvo en jaque a los japoneses de las Célebes durante meses.

Posteriormente, los “moros” de Joló se pusieron en contacto con norteamericanos y holandeses. Los submarinos trajeron armas, municiones y pertrechos para armar y equipar a estas guerrillas, más tarde fue posible traer embarcaciones especiales de desembarco y Juan Ordóñez y algunos de sus amigos entraron a formar parte de una unidad que llevó el uniforme de la Infantería de Marina de los Estados Unidos y se rigió por las órdenes emanadas del Alto Mando. Esta fue la Novena Agrupación, de la cual Ordóñez fue oficial hasta la invasión de Filipinas por los americanos y la terminación de la contienda.

¿Qué había sido de los piratas de Joló después de concluidas las hostilidades?

En primer lugar, los piratas conservaron buena parte de las armas que recibieron de los norteamericanos. La guerra y los propios oficiales americanos les habían enseñado nuevos sistemas de la guerra anfibia.

En la actualidad, los “suluks” seguían ejerciendo la piratería, solo que la práctica de la misma se había desarrollado adaptándose a los tiempos modernos. Ahora utilizaban lanchas rápidas, antiguas torpederas de crucero americanas e inglesas vendidas como excedente de material de guerra y distribuidas por todo el mundo por ciertos comerciantes desaprensivos de la clase de aquel Blacker, cuyas actividades había desenmascarado Juan, al parecer sin provecho para nadie.

Teniendo como base los islotes y el laberinto de escollos de Joló, aquellos descendientes modernos de los antiguos piratas, realizaban largas navegaciones fuera de las aguas que les eran propias para atacar y abordar a los barcos mercantes. Su botín preferido eran los cigarrillos americanos, los cargamentos de copra, las radios de transistores japoneses y los tejidos de nylon de Hong Kong entre otros.

La pistola automática, y las “metralletas” de fabricación norteamericana, habían sustituido a los antiguos sables como armas de abordaje. Y para obligar a los barcos a detenerse, la vetusta culebrina había sido remplazada por la ametralladora antiaérea y el cañón “Oerlikon” de 40 milímetros.

Contra estos piratas formidablemente armados, la Marina filipina oponía al “Kanguro”, planeando atacarles en su propia guarida. Todos los intentos anteriores por destruir a los piratas habían sido infructuosos. La mayoría de las veces, los lanchones de desembarco tropezaban con dificultades para abrirse paso a través de los bajos fondos de coral. Y casi siempre, la lentitud de la operación daba tiempo a los piratas para escapar en sus rápidas embarcaciones.

Después de 24 horas de navegación, el “Kanguro” se encontraba a 600 millas de Manila, a 10 grados de latitud norte, frente a la isla Palawan. El sol caía lentamente hacia el horizonte y las gaviotas planeaban potare una mar tersa. Juan Ordóñez se encontraba en compañía de Rivas y Pesing en la cubierta de vuelo, escuchando los detalles que daba este último sobre las características del helicóptero que examinaban, cuando el altavoz llamó:

—¡Comandante Pesing, preséntese inmediatamente en el puente de mando!

En un principio, la llamada no suscitó ninguna alarma ni extrañó a Leonard Rivas, el cual continuó junto a Juan mientras Pesing se dirigía apresuradamente al puente de mando a través de la cubierta.

Pocos minutos después el altavoz volvía a funcionar:

—¡Atención, personal de servicio de la escuadrilla “A”! ¡Acudan a sus puestos junto a los aparatos! ¡Teniente Anambas, preséntese con equipo de vuelo en cubierta!

Simultáneamente, Juan veía salir una humareda del borde de la chimenea y sentía más fuerte la leve trepidación de las máquinas en las planchas del piso bajo sus pies. El barco estaba forzando la marcha y cambiaba de rumbo. Se escuchó el estridente silbato del contramaestre. Los hombres del servicio de tierra de la escuadrilla “A” corrían sobre la cubierta de vuelo hacia los helicópteros.

—¿Qué demonios ocurre?

—No tengo la menor idea —contestó Rivas, sorprendido—.

Pedo tú quizá podrás averiguarlo, ya que eres amigo del almirante y puedes meter la nariz en todas partes.

Sin hacerse repetir el consejo, Juan echó a andar rápidamente hacia la gran mole formada por la chimenea, el puente de mando y la torre de vuelos, al costado de estribor. Cuando subía por las empinadas escalerillas de acero vio a Pesing que bajaba a toda prisa.

—¿A qué viene todo este jaleo? —preguntó Ordóñez.

—Hemos captado en la radio una petición de socorro de un barco que está siendo atacado.

—¿Piratas?

—Es posible, no sabemos. La radio dejó de emitir repentinamente, aunque todavía alcanzó a dar su posición. Voy a volar en mi helicóptero para tratar de localizarlo.

—¡Pesing, llévame contigo! —gritó Juan al aviador que ya iba lanzado escaleras abajo.

—¡Pídele permiso al viejo! —contestó Pesing sin detenerse.

Juan siguió apresuradamente hasta el puente de mando. El vicealmirante Loveda y el comandante del buque se inclinaban sobre una carta marina extendida sobre la mesa.

—Discúlpeme, almirante. He sabido que el comandante Pesing se dispone a volar en busca de ese barco. ¿Puedo acompañarle?

—No quiero privarte de hacer una buena información, muchacho. Ve con Pesing, es el piloto de uno de los aparatos. ¡Y no olvides tu cámara fotográfica!

—Gracias por habérmelo recordado —exclamó Juan, saliendo de la cabina.

Temeroso de que le dejaran si tardaba demasiado, Juan voló escaleras abajo hasta su camarote. Cuando reapareció de nuevo sobre cubierta, los dos helicópteros de la escuadrilla “A” ponían en marcha sus rotores. Pesing le hizo señas para que se apresurara. Llegó sin aliento hasta el aparato y se encaramó a la carlinga, tomando asiento junto a Pesing.

Los helicópteros se elevaron rugiendo sobrevolando la cubierta en dirección a la proa del buque. Repentinamente, Ordóñez se vio sobre el mar. Sus pies tropezaban con algo que estaba en el piso de la carlinga. Era un chaleco salvavidas.

Pesing le indicó por señas que se lo pusiera. Al mirar atrás por encima del asiento, Juan vio a un sargento y un cabo de infantería de marina en el espacioso compartimiento posterior.

—¿Llegaremos a tiempo? —preguntó Juan a su compañero.

Pesing le hizo entender por señas que no le oía. En efecto, el estruendo del motor ahogaba todo intento de Juan de hacerse escuchar. Pesing le tendió algo parecido al casco de una telefonista. Un hilo eléctrico unía los auriculares al cuadro de instrumentos, donde se fijaba por medio de una clavija. El aparato tenía también un pequeño micrófono que vino a quedar ante los labios de Juan.

—Te preguntaba si llegaríamos a tiempo de salvar a ese barco —dijo Juan por el micrófono cuando tuvo colocado el casco.

—No es eso lo que yo me pregunto, sino qué podríamos hacer para salvar al barco en el caso de que llegáramos a tiempo —contestó Pesing.

—¿Quieres decir que no podríamos hacer nada?

—Muy poco. Un helicóptero no es un avión de combate. En realidad somos bastante vulnerables a un ataque con ametralladoras antiáreas.

—¿Pues qué haremos?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Ya veremos, cierra el pico ahora —dijo Pesing—. Tengo que establecer contacto con el barco.

Como quiera que tenía su teléfono conectado al circuito interior, Ordóñez pudo seguir el diálogo que se entablaba entre Pesing y la torre de vuelos del “Kanguro”.

—¡Atención, “Kanguro”! Aquí Pesing solicitando información complementaria.

Respuesta del “Kanguro”:

“Les estamos siguiendo en nuestro radar. Enderecen el rumbo dos grados más al sur. El barco debe estar en esa dirección a unas cien millas de distancia. El “Penguin” es un yate de dos palos con velamen de bergantín. Lleva un motor auxiliar “Diésel” y desplaza trescientas toneladas, matrícula de Hong Kong. Eso es todo cuanto sabemos por ahora.”

—De acuerdo. Corto —fue la seca respuesta de Pesing.

—¿Envió el barco toda esa información antes de que enmudeciera su radio? —preguntó Juan.

—El “Penguin” apenas tuvo tiempo de radiar su nombre y posición. Por el nombre hemos podido averiguar los demás datos en el anuario mundial de la marina mercante.

—¡Oh, claro! ¿Cómo he podido ser tan torpe? —exclamó Juan —. ¿Y nos encontramos todavía a cien millas de distancia? ¿Cuánto tiempo tardaremos en alcanzarle, aproximadamente?

—Una media hora, poco más o menos.

Juan observó el sol que caía hacia el horizonte por el lado de estribor. Antes de media hora el sol se habría puesto. Si los piratas se separaban del barco abordado en este momento, en media hora podríanse alejar hasta treinta kilómetros gracias a sus potentes motores. Los crepúsculos son muy rápidos en el trópico. Los helicópteros tendrían muy escasas probabilidades de dar con los piratas en la creciente oscuridad de la noche.

Juan supuso que el vicealmirante Loveda habría tomado en cuenta todas estas consideraciones al despachar sus helicópteros. Después de esto se puso a lanzar frecuentes miradas a su reloj, pareciéndole que el tiempo transcurría con mucha lentitud hasta que, finalmente, se puso el sol.

Repentinamente, Pesing señaló a través de los cristales de la cabina hacia adelante:

—¡Allí está el barco!

Juan pudo distinguirlo un minuto después. Era totalmente blanco, tenía las velas recogidas y se mantenía inmóvil sobre la oscura y tranquila mar. A popa, sujeto por una maroma, se mecía un botecillo también blanco.

—Como temíamos, los piratas se han largado —exclamó Juan, decepcionado.

Pesing utilizó la radio para comunicar con el teniente Anambas, cuyo helicóptero volaba cerca a babor. Mientras, los aparatos describían un círculo alrededor del barco, desde el cual les hacían señas agitando algunos trapos.

—Anambas; pósate junto al barco y averigua qué ha ocurrido. Voy a comunicar con el “Kanguro”.

—De acuerdo, allá voy —contestó Anambas.

La comunicación con el “Kanguro” fue bastante deficiente, debido principalmente a la distancia y a la estática. Con todo, Pesing logró hacerse entender.

“Han encontrado el barco. Entendido, navegamos a toda máquina hacia ese punto. Explore los alrededores por si pudieran encontrar rastros del barco pirata”, fueron las órdenes del vicealmirante Loveda.

En este momento, el teniente Anambas posaba su aparato sobre sus largos flotadores en el agua, a popa del barco. En el botecillo, dos hombres remaban apresuradamente hacia el helicóptero. Se veían varios hombres a popa, asomados a la borda, en el yate.

—Daremos una vuelta por ahí —dijo Pesing entre dientes. Y enderezó el rumbo hacia el este.

Apenas se habían alejado quince millas del yate cuando se escuchó en los auriculares la voz del teniente Anambas:

—¡Hola, Pesing!

—Adelante, Anambas.

—Aquí, a mi lado, tengo al segundo oficial del “Penguin”. Al capitán lo secuestraron junto con los demás.

—¿Cómo? —exclamó Pesing—. Cuenta lo ocurrido.

—El barco había salido ayer de Manila llevando a bordo a la propietaria, señorita Lu Hang Stoddard, la cual, con sus huéspedes, se proponía dar una vuelta, alrededor de la isla Negros practicando la pesca deportiva. Hace aproximadamente hora y media avistaron un barco de recreo muy rápido que les estaba dando alcance. Hicieron señales para que se detuvieran y dispararon una ráfaga de ametralladora contra la arboladura. La señorita Hang dio orden al capitán de parar el barco mientras el telegrafista radiaba la señal de socorro. Un miembro de la tripulación irrumpió en la cámara de radio y tumbó al telegrafista con una ráfaga de ametralladora. Otro tripulante encañonó a los pasajeros con una metralleta. El barco pirata abordó al yate, y la señorita Hang y sus huéspedes fueron obligados a pasar a bordo de aquel…

¡Un secuestro! Juan Ordóñez escuchaba estupefacto. ¿De modo que los piratas habían secuestrado a la orgullosa señorita Lu Hang? Esta audacia de los piratas iba a tener amplia repercusión en todo el Pacífico oriental, y el Gobierno de Filipinas podría considerar como una suerte tener en aquel momento un barco que buscaba a

los piratas, pues la señorita Hang, propietaria de una gran cadena de periódicos distribuidos en Manila, Hong Kong, Macao, Singapur, Saigon y Bangkok, era una persona influyente política y financieramente.

—Aunque no sirva para mucho… ¿qué dirección llevaban los piratas al escapar? —preguntó Pesing.

La respuesta tardó un poco en llegar. Seguramente Anambas interrogaba al segundo oficial del “Penguin”.

—Estos hombres aseguran que los piratas huyeron hacia el este.

—Así, pues, estamos perdiendo el tiempo. Apuesto a que después de perderse de vista viraron hacia el sur o quizá el sudeste.

—Está anocheciendo muy aprisa —observó Juan.

—Voy a dar una vuelta por si podemos echarles la vista encima, aunque no lo espero —dijo Pesing.

Obedeciendo dócilmente a las expertas manos de Pesing, el helicóptero se deslizó de costado poniendo proa al sureste y ganando altura. De nuevo Pesing intentó establecer contacto con el “Kanguro”, pero esta vez no pudo conseguirlo.

—¡Al diablo! —exclamó Pesing irritado, cerrando la radio. Consultó las esferas del tablero de instrumentos—. Lo malo es que apenas nos queda carburante para regresar al barco.

—¿Qué ocurriría en el caso que nos quedásemos sin gasolina?

—Pues que tendríamos que buscar una isla donde posarnos y esperar la llegada del “Kanguro”. Toma esos prismáticos y registra el mar por si ves algo.

Ordóñez tomó los prismáticos, empezando a registrar con ellos la desierta inmensidad marina. Varias veces la blanca espuma de las olas alrededor de algún escollo le engañó, creyendo ver en ello la figura de algún barco, pues seguía anocheciendo con rapidez y la oscuridad empezaba a caer sobre el mar. Hasta que de pronto…

—¡Allí está! —exclamó pegando un brinco.

En el círculo de los prismáticos acababa de capturar un barco. Era blanco y parecía marchar con mucha rapidez, abriendo una ancha estela a su paso.

El barco quedaba a estribor del helicóptero. Juan se lo señaló a Pesing, el cual enderezó el rumbo hacia allí, perdiendo algo de altura en un suave picado que proporcionó a la máquina mayor

velocidad. Estando ya muy cerca del barco, Pesing retuvo la marcha acomodando su velocidad a la de la nave.

—¿No nos acercamos más? —preguntó Juan, impaciente.

—No sería prudente hacerlo. Si verdaderamente fueran los pi…

Pesing se interrumpió para maniobrar rápidamente, haciendo deslizar la máquina de costado mientras aceleraba para ganar altura.

Como llevadas de una ráfaga de viento muy fuerte, un chorro de chispas rojas salió de la cubierta del barco describiendo un suave arco hasta el lugar del espacio que unos segundos antes ocupaba el helicóptero.

Eran proyectiles trazadores. Juan los había visto centenares de veces durante los combates nocturnos durante la guerra. Encantadores, pero muy peligrosos.

Los proyectiles, moviéndose en persecución del helicóptero, pasaron por debajo de este. Ordóñez se encontró de pronto volando hacia atrás, lo cual al principio le produjo sobresalto y sorpresa por la novedad.

—¿Ves lo que te decía? —farfulló Pesing mientras ponía el aparato fuera del alcance de los proyectiles—. No es prudente acercarse demasiado a un barco que lleva ametralladoras antiáreas.

El barco pirata se había fundido en la oscuridad que iba invadiendo el mar.

—Bueno, se impone buscar posada donde pasar la noche —refunfuñó Pesing—. Veamos en la carta cuál es el islote más próximo.

—¿No podríamos perseguir a distancia a ese maldito barco?

Pesing se echó a reír.

—¿Qué te crees que es esto, una carreta de bueyes? Gastamos la misma gasolina andando a trescientos kilómetros por hora que estando completamente parados en el aire, y solo nos queda combustible para media hora de vuelo, cualquiera que sea la velocidad a que marchemos. En media hora, ese barco solo habrá andado quince millas, mientras que nosotros habremos quemado tanta gasolina como si hubiésemos volado doscientos kilómetros. ¿Lo entiendes ahora?

—Está muy claro —rezongó Juan, mortificado.

Casi en completa oscuridad, Pesing posó su máquina sobre la arena de una playa, muy cerca de una muralla de cocoteros. Los tripulantes echaron pie a tierra, empezando a buscar leña para encender una fogata y prepararse a pasar la noche.

CAPÍTULO III

EL parloteo de Charlie Pesing despertó a Juan poco después de la salida del sol. Juan se había acostado sobre el piso de la carlinga de carga del aparato y Pesing se encontraba en la cabina contigua utilizando la radio.

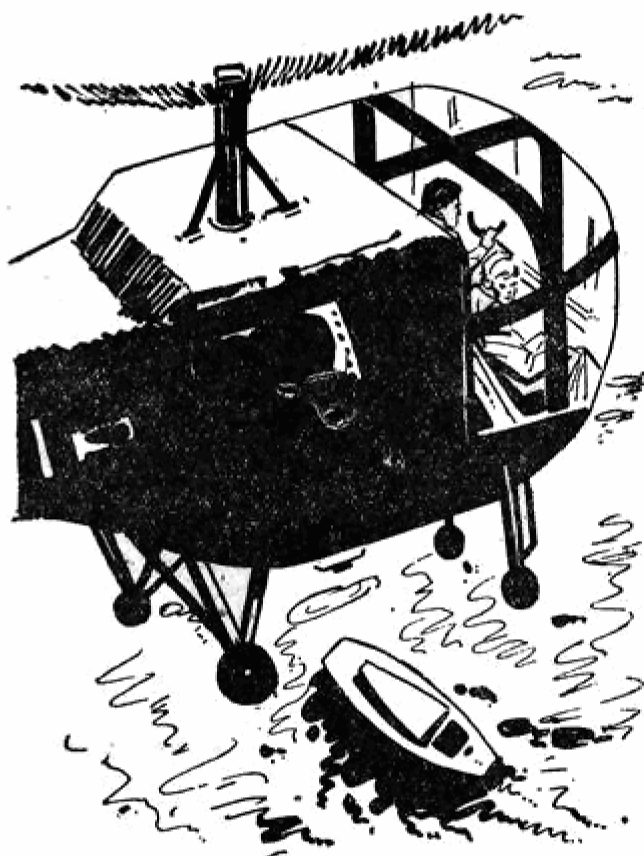
Juan esperó hasta que Pesing terminó de hablar.

—¿Comunicabas con el buque?

—El “Kanguro” se reunió alrededor de la medianoche con el “Penguin”. En estos momentos navega rumbo al sur-sudeste. Si no nos damos prisa no podremos alcanzarle.

Poco después el helicóptero se elevaba sobrevolando el mar, hasta que al cabo de quince minutos avistaron al “Kanguro”. Apenas los flotadores del aparato habían tocado las planchas de la cubierta de vuelos, cuando rugió el altavoz:

—¡Comandante Pesing, acuda al puente de mando!



Pronto avistaron al "Kanguro"

Aunque no fue expresamente invitado para ello, Juan siguió a su nuevo amigo por las escalerillas hasta la cabina donde eran esperados por el impaciente Loveda.

El vicealmirante no estaba exactamente furioso, pero parecía bastante irritado.

—¿Quién es esa señorita Hang? —preguntó encarándose con Juan.

—La señorita Yamina Lu Hang es la propietaria de una gran cadena de periódicos diseminados en toda la región del Pacífico

oriental. Su padre, que era chino, era además de escritor una eminencia en la Medicina. La madre de la señorita Hang era norteamericana. Los esposos Hang fueron asesinados por los guerrilleros comunistas en China, en mil novecientos cuarenta y cinco o por ahí. Yamina Lu Hang se encontraba por entonces en los Estados Unidos.

—Esa señorita Hang, ¿es políticamente influyente?

—Sí, mucho.

—Me lo figuraba. Desde que anoche comunicamos a Manila la noticia de su secuestro, hemos recibido media docena de radios encareciéndonos la búsqueda y el pronto rescate de la señorita Hang y amigos. ¿Conoces a un tal Muong Chang? —preguntó Loveda a Ordóñez.

—Espere que recuerde —Juan hizo una pausa—. Creo que era un médico o algo así. Dirigía una organización secreta anticomunista en China y escapó por pelos a la persecución de la policía roja refugiándose en Hong Kong. ¿Iba también a bordo del yate?

—Era uno de los huéspedes de la señorita Hang. Otros de sus invitados eran el doctor Lee Nyam y su esposa. Y por último, ese mercachifle americano, Jim Blacker.

Juan no sintió sorpresa alguna.

—Una reunión de personajes muy interesante —murmuró.

—En fin, concretando los hechos —susurró Loveda—. Tenemos un barco pirata al que capturar, y seis personas a quienes a toda costa debemos rescatar…

—¿Quién es el sexto personaje? —preguntó Ordóñez.

—El primer oficial del yate. Los piratas se lo llevaron también.

—¿Qué es lo que pretenden esos piratas? ¿Obtener un fuerte rescate de sus prisioneros, tal vez?

—¿Y yo qué demonios sé? —gruñó Loveda encogiéndose de hombros en señal de fastidio—. Lo único que cuenta para mí, es que el Presidente en persona, el almirante jefe de la Flota, el embajador de los Estados Unidos y no sé cuántos peces gordos más, están esperando que nosotros capturemos ese barco y rescatemos a los prisioneros. ¡Como si fuera tan fácil!

Un oficial solicitó permiso para entrar y puso sobre la mesa una

hoja de papel mecanografiada. Loveda tomó el papel y le echó un vistazo.

—Naturalmente, las cosas siempre se complican cuando ya van de por sí bastante mal. Tenemos una borrasca al sur de la China desplazándose hacia el archipiélago filipino y el Mar de Joló. Las previsiones son de mal tiempo, con mar gruesa y chubascos en toda la zona. Habrá dificultades en las comunicaciones inalámbricas —Loveda dejó caer el papel sobre la mesa—. Vaya a comer algo mientras repostan su aparato, Pesing. Vamos a empezar una búsqueda minuciosa por todas las islas hasta dar con ese maldito barco.

—¿Puedo ir en compañía de Pesing? —preguntó Ordóñez.

—Si nuestros pilotos encuentran el barco, lo sabremos aquí antes que regresen los aparatos.

—De todos modos me gustará encontrarme en primera línea con los aparatos que realizan la búsqueda —dijo Juan.

Loveda hizo una señal de asentimiento y Juan salió de la cabina en compañía de Pesing. Los altavoces rugían dando imperiosas órdenes y reinaba gran actividad sobre cubierta, viéndose por todas partes soldados de infantería de marina armados y pertrechados como para entrar en acción inmediata. Todos estos soldados llevaban además de sus armas y mochilas, su correspondiente chaleco salvavidas.

En cubierta se encontraron con el comandante Rivas, casco de acero recubierto por una tela a manchas amarillas, rojizas y verdes, la subametralladora colgando del hombro y el cinturón repleto de granadas de mano.

—Si vas a venir con nosotros, será conveniente que te equipemos y armemos como un soldado más —dijo Rivas.

Llamó a un cabo y envió a Juan con él para que le proveyesen del adecuado equipo.

Vistiendo uniforme completo, incluso fuertes botas de media caña y casco de acero, Juan se reunía media hora más tarde con Pesing y Rivas en la cubierta de vuelo. Los helicópteros estaban formados en una fila y los infantes de marina se acomodaron en los aparatos a razón de una escuadra en cada uno.

—¡Se presenta el soldado Ordóñez!

—¡Caramba! —exclamó Rivas echándose a reír—. ¡Si pareces un soldado auténtico!

—¿Tengo un aspecto suficientemente marcial?

—Yo casi diría terrorífico —dijo Pesing—. ¿Podremos sentirnos seguros con todas esas bombas que llevas encima?

En efecto, Juan había cargado con una docena de bombas que llevaba colgando del cinturón y formando una ristra en el correaje. Se había agenciado también un largo machete y una “metralleta”. Como además de todo esto llevaba la correspondiente dotación de munición, la mochila, la cámara fotográfica y la caja con la batería eléctrica para su flash, aparecía enormemente sobrecargado y embarazado en sus movimientos.

Los altavoces rugieron:

—¡Tropas de desembarco, a los aparatos! ¡Tripulaciones, a sus puestos!

Juan estaba de nuevo sentado junto a Pesing cuando este puso en marcha el motor. Todos los helicópteros ponían a calentar sus motores al mismo tiempo, y todos juntos formaban un estrépito ensordecedor. Pesing tenía los ojos fijos en la torre de vuelos.

Después de un minuto de espera flameó una bandera en la torre. Pesing embragó los dos rotores del aparato, aceleró, y el aparato se separó de la cubierta elevándose casi como lo haría un aeroplano convencional.

Cada helicóptero, en cuanto estuvo en el aire, tomó un rumbo previamente señalado, abriéndose la fuerza aérea en forma de un amplio abanico. A quince millas del “Kanguro”, Ordóñez ya había perdido de vista al aparato que volaba más cerca.

Allá delante surgió del mar una masa de verdor. Era un islote de los muchos que formaban el archipiélago de Joló. El helicóptero voló derecho hacia la isla, que no medía apenas un kilómetro en su parte más ancha. En poco más de un minuto, el aparato había dado una vuelta completa al islote, examinando la costa a baja altura. Pesing enderezó el rumbo volando sobre el mar hacia otra isla que se veía a cuatro o cinco millas de distancia.

—A este paso, antes de la noche hemos registrado de cabo a rabo todas las islas y escollos del archipiélago —comentó Ordóñez, admirado.

—Si ese barco vino a ocultarse aquí, la verdad es que cuenta con muy escasas probabilidades de escapar —dijo Pesing.

Ordóñez hubo de reconocer el prodigioso adelanto que habían experimentado los sistemas de lucha contra los piratas, después de la adopción del helicóptero como elemento de exploración y desembarco.

Semejante a una inquieta mariposa, el helicóptero volaba de isla en isla como de flor en flor. Rodeaba el islote a poca velocidad, examinando cada arruga de la costa con minuciosidad microscópica. Si era necesario se paraba en el aire e incluso retrocedía volando hacia atrás. Luego, convencido el piloto de que nada sospechoso se escondía, volaba hacia otra isla para someterla a igual inspección.

Hubiera llevado días y aun semanas a una fuerza de desembarco sobre lanchones, realizar el mismo trabajo que hacía un helicóptero en una hora.

Después de cada una de estas exploraciones, el comandante Pesing se inclinaba sobre el mapa que descansaba sobre sus rodillas y trazaba un círculo a lápiz alrededor de la isla observada. Y si después de esto Juan se sentía decepcionado, de nuevo al volar hacia otro islote el periodista sentía aumentar su tensión y ansiedad.

—¡Allí, Charlie!

Juan acababa de descubrir una embarcación blanca y azul que estaba fondeada entre dos juntos en una pequeña ensenada, junto a un pequeño poblado de chozas indígenas.

El helicóptero acababa de pasar rozando la vegetación sobre un alto acantilado, y la ensenada apareció de pronto bajo ellos. Pesing detuvo, el aparato, inmovilizándolo en el aire sobre los barcos.

La sorpresa fue simultánea para los tripulantes de la máquina y los indígenas. Desde la playa, hombres y chiquillos contemplaban boquiabiertos la máquina que rugía inmóvil en el espacio. De pronto todos echaron a correr, los niños hacia las chozas y los hombres hacia los barcos.

—¡Prepararse para desembarcar! —gritó Pesing.

El resto sucedió con cinematográfica rapidez. Pesing empujó los complicados mandos de la máquina y el helicóptero se abatió como un ave de presa en dirección a la playa.

Los “suluks” corrían todavía a la desbandada cuando la máquina se dejó caer en la playa. Rivas empujó la portezuela y saltó a tierra, siendo seguido por los infantes de marina. Fue mucha temeridad por parte de Pesing hacer esto, pero en parte el éxito de la misión se debió a la sorpresa y la rapidez eléctrica del asalto.

El primer tiro salió de uno de los juncos y fue contestado por el tableteo de las ametralladoras de los comandos. Estos no eran más que ocho, incluyendo a Rivas, pero su potencia de fuego era extraordinaria, pues todos iban armados de “metralletas”. Uno llevaba un fusil ametrallador y otro arrastraba un “bazooka”.

Juan Ordóñez saltó a su vez a la arena empuñando su “metralleta”. La escena se parecía mucho a los asaltos por sorpresa que él, al frente de sus guerrilleros “suluks”, había llevado en numerosas ocasiones a cabo contra los puestos japoneses de las Célebes y la costa septentrional de Borneo durante la guerra.

Los “marines” corrían en dirección a los barcos disparando sus ametralladoras. Al final de la playa había un pequeño embarcadero de madera sobre pilotes, y en este un montón de cajas de madera, barriles y diversos fardos de mercancías. El propósito de Rivas era, al parecer, llegar hasta el pequeño embarcadero, y lo consiguió.

Los comandos alcanzaron el embarcadero y se atrincheraron detrás de los barriles, las cajas y los fardos, barriendo desde allí la cubierta de los barcos con sus armas automáticas.

Mientras tanto, Juan Ordóñez había quedado solo en la desierta playa. A sus espaldas oyó rugir el motor del helicóptero. Pesing se elevaba.

Desde los barcos, los piratas rompieron a disparar. Las balas silbaron alrededor de Juan y levantaron la arena a sus pies. Juan echó a correr zigzagueando hacia una piragua que yacía boca arriba en la playa, a la izquierda del embarcadero. Las balas le seguían zumbando peligrosamente cerca y Juan se tiró de cabeza detrás de la piragua.

El casco se le atascó hasta los ojos y un puñado de arena se le metió en la boca.

—¡Vaya, parezco novato! —refunfuñó mientras escupía la arena y levantaba la visera del casco.

El helicóptero rugía sobre su cabeza. Levantando los ojos le vio remontarse perpendicularmente, retroceder y posarse sobre la cima

del promontorio. Un poco más adelante, a la derecha, Juan vio a los “marines” agazapados detrás de los fardos del embarcadero. Juan dispuso su cámara para sacar algunos interesantes planos, con los comandos en primer término y los barcos al fondo en la ensenada, a muy corta distancia.

Les comandos arrojaron algunas granadas por encima de la barricada hacia los barcos. Retumbaron las explosiones y varios surtidores de agua tendieron una momentánea cortina entre los “marines” y los piratas, pero ninguna de las bombas alcanzó a los barcos.

A una orden del comandante Rivas, uno de los comandos se echó el “bazooka” al hombro. Otro de los “marines” empujó un proyectil dentro del tubo. El flash de Ordóñez centelleó en el momento que el soldado todavía tenía el “bazooka” apuntado y la granada hacía explosión contra el casco del junco que estaba a la izquierda.

El proyectil pegó certeramente en la línea de flotación del barco. Un puñado de maderos saltaron en el aire entre las llamas y la tromba de agua levantada por la explosión.

Al desvanecerse el humo y caer el agua en forma de chaparrón, pudo apreciarse un enorme boquete en el casco de madera del barco, por el cual el agua entibaba a borbotones inundando la bodega.

Al menos, aquel junco no podría volver a navegar en mucho tiempo.

Ordóñez se fijó entonces en la moderna embarcación a motor que estaba entre los dos vetustos juncos. Era una antigua lancha japonesa. El barco pirata que Juan había visto la tarde anterior, probablemente la misma que atacó al “Penguin”, era una lancha “Higgins”, de las antiguas patrulleras de crucero de la armada norteamericana. Por consiguiente, estos piratas no podían ser los mismos que capturaron a la señorita Hang y sus huéspedes.

Los piratas, repuestos de su sorpresa, menudeaban en sus disparos contra los “marines” atrincherados en el pequeño muelle.

Una bala se clavó en la madera de la piragua tras la cual se agazapaba Juan, a menos de dos dedos de su mejilla. El proyectil produjo un ruido sordo al pegar en la madera y Ordóñez Se volvió dejando la cámara para empuñar la “metralleta”.

Un malayo, vestido a la europea aunque con la cabeza cubierta por un turbante, le apuntaba con un fusil junto a una de las chozas más próximas a la playa.

En una posición forzada, con la espalda contra la arena, Juan hizo funcionar su ametralladora derribando al malayo antes que este tuviera ocasión de corregir su puntería. El pirata dejó caer el fusil y rodó por la arena.

De pronto, un muchachito de apenas diez años, vestido de harapos y cubierto también con su turbante, salió arrastrándose de la choza y cogió el fusil.

—¡Eh, maldita sea! —gritó Ordóñez.

Saltó en pie y echó a correr hacia el niño. Este, levantando penosamente el fusil, le tenía encañonado cuando Juan se tiró al suelo.

Salió el tiro y la coz del pesado fusil derribó al muchacho dejándole sentado en el suelo. Juan corrió hasta el muchacho, le arrebató el arma y le propinó un cachete.

—¡Pudiste haberme matado, granuja!

Un gigantesco malayo irrumpió en escena doblando el ángulo de la choza y cargó sobre el periodista esgrimiendo un largo machete.

Sin tiempo para utilizar la ametralladora, dada la rapidez del ataque, Juan apartó al chicuelo de un empellón y se agachó esquivando el machetazo. La afilada hoja pasó rozando el casco del periodista. Juan asió al mismo tiempo al malayo por los tobillos y lo impulsó con la cabeza, haciendo que el sujeto volteara sobre sus espaldas y cayera rodando al suelo.

Ordóñez se volvió encañonando al moro con la “metralleta”. El “suluk” se vio de pronto frente al arma, y en sus ojos brilló por una fracción de segundo ese temor instintivo del hombre frente a la muerte.

El chiquillo se arrojó de pronto contra las piernas del periodista, abrazándose a sus rodillas mientras gritaba en su dialecto:

—¡No le mates! ¡No le mates! ¡Es mi padre!

Ordóñez, que en otros tiempos había hablado correctamente el dialecto “suluk”, entendió perfectamente al muchacho.

—No le voy a matar, apártate —dijo empujando al chicuelo con

el pie.

El “suluk” arrojó lejos de sí el machete que todavía conservaba en la mano.

—Vuélvete boca abajo y pon las manos a la espalda —le ordenó Ordóñez sin dejar de apuntarle con la “metralleta”.

Mientras ataba las muñecas al “suluk”, utilizando el turbante del muerto que yacía allí mismo, Juan volvió a escuchar el rugido del motor de un helicóptero. Los comandos seguían barriendo la cubierta de los barcos con sus ametralladoras, a pesar de lo cual la lancha ponía en marcha su motor.

Ordóñez levantó los ojos, viendo un segundo helicóptero que iba a posarse en lo alto del acantilado junto a la máquina del comandante Pesing. Otro helicóptero venía volando a baja altura sobre el mar. Como sabría después. Pesing había pedido ayuda a sus compañeros utilizando la radio.

Al desembarcar los comandos en lo alto del acantilado, la situación quedó prontamente dominada por los “marines”. En efecto, mientras el tercero de los helicópteros volaba sobre la ensenada para aterrizar en la playa, los soldados filipinos que estaban arriba del acantilado se ponían a arrojar granadas de mano contra los barcos amarrados al pie del peñasco.

Planchas de las cubiertas de los barcos volaron por el aire entre las llamas de las explosiones, y en medio del humo se vio a un tripulante de la lancha que intentaba llegar hasta la amarra de proa.

Alcanzado de lleno por una ráfaga de ametralladora, el pirata se precipitó en el agua.

En mitad del estruendo de la batalla, el helicóptero acababa de posarse en el mismo lugar donde antes aterrizó el comandante Pesing. La portezuela del aparato se abrió hacia fuera y un teniente saltó ágilmente a la arena empuñando una subametrallora.

Apenas el oficial había tocado el suelo, cuando sonaron varios disparos por el lado de la aldea. El teniente soltó la ametralladora y rodó por la arena. En este momento, un soldado saltaba del helicóptero y fue también alcanzado por les disparos.

Juan corrió hasta la esquina de la choza y sacó la cabeza.

Dos malayos, ambos rodilla en tierra, enfilaban sus fusiles

contra la portezuela del helicóptero. Un poco más allá, otros dos piratas disparaban desde la puerta de una choza. Uno estaba tendido y empuñaba un rifle. El otro estaba en pie disparando con una pistola automática.

Ordóñez comprendió que los soldados se encontraban en una situación apurada dentro de la cabina del helicóptero, cuyas delgadas planchas no bastaban ni mucho menos a protegerles de los disparos de los malayos. Y hasta el mismo helicóptero podía resultar dañado si algún balazo le acertaba en el depósito de la gasolina.

—¡Oh, esperad! —exclamó Juan.

Desde la esquina de la choza enfiló su "metralleta" contra los piratas.

De la primera ráfaga rodaron por el polvo los dos malayos que estaban en medio de la calle. Luego, las balas siguieron repiqueteando y arrancando conchas de barro del quicio de la puerta donde estaban guarecidos los otros dos "suluks". El que disparaba con la pistola cayó cogiéndose el vientre. El del rifle dobló las rodillas y se deslizó al suelo, quedando con la espalda contra el quicio de la puerta.

Los soldados estaban saltando del helicóptero, corrían desparramándose y se arrojaban de bruces en la arena, las armas listas para entrar en acción si se producía nuevo conato de resistencia.

Ordóñez miró hacia la ensenada. En este momento, el teniente Rivas levantaba una mano y gritaba:

—¡Alto el fuego!

Como de común acuerdo, los comandos que estaban sobre el acantilado también dejaron de arrojar bombas. Quizá ya no les quedaran más.

Al cesar los disparos y disiparse en parte el humo que envolvía los barcos, se vio a uno de los juncos escorado y a la antigua lancha japonesa envuelta en llamas. Los supervivientes de la tripulación empezaban a salir con los brazos en alto.

La batalla había terminado.

CAPÍTULO IV

LA batalla de la mañana fue ampliamente comentada en el comedor de los oficiales, a bordo del “Kanguro”, a la hora del almuerzo. El altavoz anunció:

“El vicealmirante ruega a los oficiales y pilotos que se presenten en la sala de reuniones a la mayor brevedad posible.”

Ordóñez no era oficial ni aviador. Por lo tanto, continuó tomando tranquilamente su café, mientras fumaba y tomaba algunas notas en su cuaderno.

El asalto del campamento “suluk”, si bien constituía un éxito en el plan de operaciones del “Kanguro", no había aportado nada nuevo al misterio de la desaparición de la señorita Hang y sus invitados. Después del interrogatorio de los prisioneros “suluks”, los oficiales del Servicio de Información a bordo del “Kanguro” estaban convencidos de que el grupo no tenía relación ni próxima ni lejana con los autores del secuestro de la señorita Hang.

El paradero de los secuestrados seguía siendo un misterio, mientras a bordo del “Kanguro” seguían recibiéndose despachos del Alto Mando filipino, apremiando al vicealmirante Loveda pera que hallase cuanto antes y rescatase a los desaparecidos.

Todo esto tenía muy nervioso e irritable a Loveda, el cual había contestado con un “¡no!” categórico y poco cortés a un ofrecimiento del almirante jefe de la flota estadounidense destacada en aguas del estrecho de Formosa, que le ofrecía su ayuda. En la amplia sala de reuniones, que se utilizaba también para proyectar películas de Marilyn Monroe y otras estrellas americanas para solaz de la tripulación, el vicealmirante se dirigía a sus oficiales y pilotos.

—Si no resolvemos por nuestros propios medios este condenado asunto, la flota norteamericana será invitada por nuestro Gobierno

a tomar parte en la búsqueda de los desaparecidos, y luego se dirá que si conseguimos rescatarles fue gracias a ellos. Yo creo que, aunque escasos en medios, nos sobra voluntad y tesón y buenos deseos para llevar a cabo esta misión con pleno éxito.

Los oficiales de infantería de Marina y los pilotos asintieron con unánime movimiento de cabeza. Loveda continuó:

—Por lo tanto, estimo que no me excedo en mis atribuciones al exigir de todos ustedes un máximo esfuerzo. La búsqueda continuará en lo que queda de tarde mientras haya luz suficiente. Si esa maldita borrasca no se nos echa encima esta noche, al amanecer reanudaremos nuestros vuelos de exploración. ¡Qué diablo! Los proseguiremos aunque caigan rayos y centellas, con cualquier tiempo.

Juan Ordóñez se encontraba en la cubierta de vuelo viendo cómo los aparatos eran reabastecidos de combustible, cuando Rivas y Pesing aparecieron a su lado.

—¡Hola! ¿Terminó la conferencia?

—Salimos de nuevo —dijo Pesing—. Pero si te sientes cansado puedes quedarte.

—¿Quién ha dicho que esté cansado? —protestó Juan. En este momento rugió el altavoz:

“¡Corresponsal de Prensa, acérquese a la torre!” Ordóñez miró hacia la torre que se alzaba al costado de estribor, viendo al vicealmirante Loveda que salía del puente de mando y se acercaba a la barandilla. Juan echó a andar hacia la torre. Cuando llegaba al pie de la escalerilla, el vicealmirante gritó desde arriba utilizando un megáfono:

—¡Muy bien su actuación en el combate de esta mañana, Ordóñez! ¡Muy bien, enhorabuena!

Juan, haciendo bocina con las manos y echando la cabeza atrás, gritó a voz en cuello:

—¡Hice lo que debía, señor! ¡Estaba allí para ayudar en lo que pudiese!

En realidad no supo si el vicealmirante le entendió. Loveda movió la cabeza aprobadoramente. Juan, ruborizado de orgullo, miró a los oficiales, aviadores, soldados y marinería que le contemplaban. Luego regresó junto a Pesing y Rivas.

—A todos los efectos, es como si el vicealmirante hubiese reunido a la tripulación sobre cubierta para imponerte la Gran Cruz de Mérito al Valor —comentó Pesing burlonamente.

Y le dio una amistosa palmada en la, espalda.

Una escuadra de “marines” llegaba en este momento al mando de un sargento. Rivas no iba a tomar parte en el servicio de la tarde.

Poco después, al elevarse sobre la cubierta del barco y poner proa al sudeste, Ordóñez observó el cambio que se había operado en el aspecto del mar. El viento era bastante fuerte y levantaba pequeñas olas, que eran mayores al romper contra los escollos y saltar sobre los arrecifes de coral. El sol aparecía velado por una ligera bruma y las gaviotas volaban bajo haciendo piruetas.

La fuerza del viento se hizo notar más en el vuelo de regreso hacia el buque nodriza, después de realizar una infructuosa exploración sobre una docena de islas y pequeños islotes cubiertos de verdor.

El “Kanguro” cabeceaba entonces siguiendo los movimientos de unas ondulaciones más extensas y profundas del océano, que los marineros designaban con el nombre de “mar de fondo”. Teniendo el viento de cara, Pesing hubo de realizar ímprobos esfuerzos para finalmente conseguir posar el aparato sobre la cubierta.

Todos los vuelos previstos para el resto de la tarde fueron cancelados. Al anochecer, en la sala de oficiales, los pilotos escuchaban la radio de Manila.

Por lo que parecía, el secuestro de la señorita Hang y sus amigos había dado la vuelta el mundo cabalgando sobre las ondas hertzianas y los hilos del telégrafo. La emisora de Hong Kong, en su emisión en inglés, se lamentaba de la tardanza de la Marina filipina en dar captura a los autores de aquella fechoría.

—¿Es un personaje tan importante, esa señorita Hang? —preguntó un aviador.

A Ordóñez maldito si se lo parecía. Solo había visto una vez a la señorita Hang, y el recuerdo que conservaba de aquella entrevista no era muy agradable que dijéramos. Con todo, reconocía que, tratándose de la señorita Hang u otra persona cualquiera, se le debía prestar el socorro debido y tratar de rescatarla lo más pronto posible.

Lo peor de todo esto era que no andaban las cosas por el camino de la brevedad. Los partes meteorológicos coincidían en su previsión de mal tiempo para toda la zona situada entre la isla de Borneo y el archipiélago filipino.

En efecto, en su continuo desplazamiento hacia el sur, la borrasca alcanzó aquella noche al “Kanguro” y lo zarandeó de lo lindo, a pesar de que previsoramente se había deslizado entre las islas y se encontraba a barlovento de Joló, en parte protegido del viento y el oleaje por la tierra firme.

Después de todo un día de volar en helicóptero, Juan siguió soñando que estaba volando. El piso era inestable bajo sus pies, y tan pronto subía como bajaba, como marchaba hacia adelante y hacia atrás.

Al despertar al amanecer se dio cuenta de que no todo formaba parte de sus sueños. La borrasca estaba en todo su apogeo y el “Kanguro” cabeceaba rudamente bajo el embate de las olas y la fuerza del viento. La lluvia azotaba el cristal del ventano por donde Ordóñez miraba al exterior.

Después de desayunar, Juan Ordóñez se proveyó de un impermeable y subió hasta la cubierta de vuelos llevando su cámara fotográfica.

El barco navegaba con lentitud sobre aquel proceloso mar de olas gigantescas, las cuales le embestían de proa arrojando rociadas de espuma sobre la cubierta barrida por el viento. Los helicópteros, con las palas de sus rotores abatidas, semejaban grandes bultos fantasmales bajo las lonas, sólidamente sujetos por las amarras. Oscuras nubes se corrían a extraordinaria velocidad en el sombrío cielo, y en todo cuanto alcanzaba la vista en rededor, el mar aparecía envuelto en una especie de neblina gris y compacta.

Juan tiró algunas fotografías y luego trepó por las escalerillas hacia el puente de mando.

Encontró al vicealmirante Loveda en compañía del comandante y el segundo oficial reunidos en torno de un mapa. El destello del “flash” sobresaltó ligeramente a los marinos.

—Discúlpenme —dijo Juan—. Pero no hay pose más natural que aquella que le pilla a uno desprevenido. Cuando publique mi reportaje…

Ordóñez había conocido a muy pocas personas capaces de

resistirse al vanidoso prurito de ver su foto en los periódicos. Loveda desfrunció su ceño.

—¡Ah, eres tú con tu dichosa cámara!

—¡Vaya un tiempo más malo! —exclamó Ordóñez señalando al exterior a través de los cristales empañados de la cabina—. Supongo que hoy no habrá vuelos de reconocimiento.

—Por el contrario, estamos estudiando la manera de hacer que un par de helicópteros lleguen hasta Taui Taui hoy mismo. Según nos comunican desde Manila, un destructor filipino avistó ayer tarde a un buque de aproximadamente las características del barco pirata, navegando muy aprisa en dirección a Taui Taui. Aunque la mayoría de los barcos piratas que utilizan estas aguas son antiguas lanchas torpederas, cabe una posibilidad no demasiado remota de que el barco en cuestión sea el mismo que buscamos.

—Muy interesante. ¿Pero cómo podrían volar los helicópteros con un viento tan fuerte?

—Hemos alterado de nuevo el rumbo poniendo proa a sotavento. Al mediodía habremos alcanzado una posición favorable desde la cual, al despegar los helicópteros, estos derivarán hacia el sur, aprovechando la fuerza del viento más bien que luchando contra él, de forma que los aparatos sean arrastrados hasta el punto que nos proponemos alcanzar.

—¡Caramba! ¿Eso se puede hacer?

—Naturalmente, la empresa implica graves riesgos. Eso hace que dude entre pedir voluntarios o seleccionar por mí mismo a los pilotos y tripulaciones que a mi juicio mejor podrían desempeñar esta misión.

—¿Pero de veras es tan urgente hacer que esos aparatos lleguen a Taui Taui? —preguntó Ordóñez—. Si el tiempo es malo para nosotros, también lo será para los piratas. Supongamos que se hubieran refugiado en Taui Taui. Mientras no amaine el temporal, no podrán salir de allí.

—Tal vez. Mas para cuando mejore el tiempo, saldrán de Taui Taui con tanta rapidez que no les podremos alcanzar. No olvidemos que su barco puede hacer hasta treinta nudos, mientras que nuestro “Kanguro” no llega a la mitad, y nuestros helicópteros solo tienen doscientas millas de radio de acción. Saliendo de Taui Taui después de oscurecido, el barco pirata puede recorrer hasta trescientas

millas durante la noche, estando al amanecer mucho más allá del radio de acción de nuestros aparatos.

—Comprendo —dijo Ordóñez—. Usted quiere emplear el mal tiempo a nuestro favor, ya que mientras dure el temporal se supone que los piratas permanecerán clavados en su escondrijo sin poder hacerse a la mar.

—Esa es una de las razones —repuso Loveda—. Pero hay otra. Acaban de comunicarme desde Manila, por medio de un despacho cifrado, que posiblemente la señorita Hang y sus compañeros sean transferidos a un submarino rojo para ser conducidos a la China.

—¡Cómo!

—Ese doctor Chang padece ser pieza principal en el rompecabezas. Creo que dirigía una asociación secreta, especie de movimiento de resistencia contra el régimen de Pekín, ¿no es eso?

Juan asintió moviendo la cabeza.

—Tal vez —dijo Loveda—, los chinos quieran echarle el guante a ese Muong Chang sirviéndose de los piratas. Si es así, probablemente el barco acudirá a algún lugar de cita previamente concertada con un submarino. Ahora bien, un submarino puede navegar en inmersión cuando en la superficie reina el mal tiempo. Por lo tanto, el barco y el submarino pueden encontrarse en cualquier momento, incluso sin esperar a que mejore el estado del mar. De ahí que no podamos permanecer cruzados de brazos esperando a que cese la borrasca.

—Pero en realidad, ¿sabemos siquiera si el barco que avistó el destructor era el mismo que buscamos? ¿Sabemos si se refugió en Taui Taui o en cualquiera de las otras islas cercanas?

—Tenemos que probar de todos modos —rugió Loveda, descargando un puñetazo sobre la mesa.

Juan comprendió que con sus preguntas había conseguido provocar la exasperación del vicealmirante.

—En fin —dijo a modo de disculpa—, si despachadnos helicópteros a Taui Taui, espero no se me prive del honor de participar en la acción.

Loveda no dio respuesta a esta insinuación de Ordóñez, el cual se apresuró a abandonar la cabina.

Juan no quiso incurrir de nuevo en la ira del vicealmirante

contando a sus compañeros lo que sabía. Alrededor de las once empezaren a circular rumores a bordo sobre la inminente salida de algunos aparatos. Los pilotos se negaban a creer en tan temerario propósito y fueron en grupo a cubierta.

En efecto, tres aparatos habían sido despojados de sus encerados protectores, y en medio de la cubierta barrida por el viento y la lluvia, eran aprovisionados de combustible con largas mangueras. Las palas de los rotores estaban siendo situadas en posición de levantar el vuelo.

Los altavoces llamaron a pilotos y oficiales a la sala de reunión.

—Pues parece que va de veras —murmuró el comandante Pesing al seguir a sus compañeros.

Juan se dirigió a su camarote. Media hora más tarde, con equipo completo y envuelto en un largo impermeable, se encontraba con la espalda contra la torre del barco, en la cubierta de vuelo, indiferente a los rociones de espuma y la lluvia que el fuerte viento arrastraba a través de la cubierta.

Bramó el altavoz:

—¡Escuadras "O" y "D" de la Agrupación de Comandos! ¡Provéanse de su equipo correspondiente y preséntense en la cubierta de vuelos!

Juan fumaba un cigarrillo cuando Pesing subió a cubierta.

—¡Hola! —exclamó el aviador—. ¿Qué significa esto?

—Soy de la expedición.

—¿De veras? ¿Y cuándo has sabido…?

—Lo sé desde esta mañana. Estaba con el vicealmirante cuando decidió enviar dos aparatos a Taui Taui.

—¿Y te lo callaste? Nunca creí que un periodista pudiera guardar tan celosamente un secreto.

—Yo sí.

—De acuerdo, pues. Vamos a despegar tan pronto estén preparados los "marines".

—¿Rivas viene con nosotros?

—El vicealmirante le ha dado el mando absoluto sobre la patrulla. Considero la elección acertada. Leonard es el oficial más capacitado para llevar a cabo esta misión. Pero te lo advierto, no será muy divertido.

—Lo sé.

—Deberías ir en busca de un termo lleno de café muy caliente.

—Ya lo llevo en la mochila.

—Y una botella de coñac.

—También llevo una en la mochila.

—¡Amigo, piensas en todo!

—¿Pues para qué había de servirle a uno la veteranía? —contestó Ordóñez desdeñosamente.

Cruzaron la cubierta bajo los embates del viento y se acogieron al abrigo de la carlinga. Los “marines” no tardaron en llegar envueltos en sus largos impermeables verdes. Eran ocho soldados, un sargento y un oficial, el teniente Banluba.

—¿No viene Rivas con nosotros? —preguntó Ordóñez.

—En el otro helicóptero. De esta forma, la eficiencia se reparte entre los dos aparatos. El mejor oficial de comandos en una máquina, y el piloto más competente en el otro —repuso Pesing echándose a reír.

—¡Helicópteros, pongan los motores en marcha! —gritó el altavoz.

Las máquinas estaban todavía sujetas por las amarras, y estas no debían soltarse hasta el momento del despegue, pues existía el peligro de que el fuerte viento los derribara o precipitara al mar. El personal de cubierta estaba atento junto a los cables.

Los dos helicópteros hicieron girar rápidamente sus rotores. Desde la torre de vuelos, un oficial ondeó una banderola roja, significando con ello a los pilotos que debían acelerar.

Pesing movió la palanca del gas hacia adelante, permaneciendo con las manos enguantadas sobre los mandos y los ojos fijos a las señales del oficial de vuelos. Las grandes hélices del aparato tiraban fuertemente hacia arriba poniendo tensos los cables.

El oficial dejó caer la banderola.

—¡Ahora! —masculló Pesing entre dientes.

Saltaron los cables como tensas cuerdas de guitarra. El aparato dio un salto hacia arriba y abandonó la cubierta, al mismo tiempo que el fuerte viento lo arrastraba por el aire sobre la cubierta. Súbitamente se encontraron sobre el mar. El despegue había sido algo complicado, pero todo había salido bien.

—No veo el otro aparato —dijo Juan mirando bacía atrás.

—Nos alcanzará dentro de poco.

La lluvia azotaba los cristales de la carlinga, a tal punto, que resultaba difícil ver a través de ellos. Efectivamente, después de unos minutos de vuelo, Juan vio el otro aparato que avanzaba moviendo sus grandes palias por estribor.

—Ahí está Anambas —anunció Pesing.

Sobre sus rodillas puso una gran carpeta cuya cubierta era de celofán transparente, viéndose a su través una carta marina del archipiélago. El viento daba de través contra el aparato por el lado de estribor, de modo que al mismo tiempo que avanzaba hacia el oeste, la máquina era empujada hacia el Sur.

Contemplando las grandes olas que se deslizaban bajo el helicóptero, Ordóñez pensó que no sería nada agradable verse obligados a posarse sobre los flotadores en aquel proceloso mar. Advirtió que, con repetida frecuencia, Pesing levantaba los ojos hacia las palas del rotor que giraba por encima de sus cabezas.

—¿Todo va bien? —preguntó Ordóñez, sintiéndose intranquilo.

—Eso espero.

—¿Qué miras hacia arriba?

—Me pregunto si el viento no nos arrancará de cuajo alguna pala del rotor.

—¡Vaya unos ánimos! —refunfuñó Juan.

Después de sobrevolar algunos pequeños islotes batidos por las grandes olas, al cabo de media hora de vuelo, Pesing señaló con la cabeza hacia adelante.

—Taui Taui —dijo lacónicamente.

Ordóñez sintió que su corazón se ensanchaba.

CAPÍTULO V

SE había convenido que al abordar la isla por el norte, los dos aparatos se separarían, volando uno hacia el este y otro hacia el oeste, explorando ambos la costa para reunirse al sur en el punto donde se encontraran.

Después de cruzar unas breves palabras por la radio con el teniente Anambas, el comandante Pesing se desvió hacia el este con el propósito de girar en torno a la isla en el sentido de la marcha de las manecillas de un reloj. Anambas se alejó para hacer lo mismo aunque en sentido contrario.

Al volar hacia el este, la costa caía del lado de estribor, que era el que Ordóñez ocupaba en la carlinga junto al piloto.

—Abre bien los ojos, Juan —dijo Pesing—. Procuraré volar lo más despacio posible, pues en caso de duda y con este viento nos sería muy difícil volver atrás.

Desde su puesto, a través del plexiglás de la cabina, Ordóñez veía la accidentada costa con las olas rompiendo furiosamente contra los arrecifes. El helicóptero volaba a baja altura, un centenar de metros nada más.

—Descuida; si veo un barco, sabré que es un barco enseguida.

—No estés tan seguro. Fíjate en especial en las ensenadas donde lógicamente se refugiaría un barco de poco calado para protegerse del temporal.

Las ensenadas y caletas que Juan veía abajo estaban barridas por las grandes olas, de modo que no era probable que el barco, de encontrarse en Taui Taui, hubiese escogido para refugiarse ninguno de los entrantes de la costa orientados al norte y expuestos al temporal.

En el extremo oriental de la isla, la tierra se levantaba formando un promontorio y la línea de la costa giraba bruscamente al sur. A

partir de este punto sí era probable que un barco hubiese buscado refugio en las numerosas ensenadas y las abrigadas caletas protegidas del viento y el oleaje.

Sin embargo, al cambiar de dirección el aparato, la visión de Juan había empeorado repentinamente, porque ahora la lluvia volvía a azotar el plexiglás.

—¡Maldito tiempo! —refunfuñó Juan.

De pronto sus ojos se fijaron en una estrecha caleta que se deslizaba bajo sus pies.

—¡Pesing, para! ¡Vuelve atrás! —exclamó pegando un codazo al piloto.

—¿Has visto algo? —inquirió Pesing sobresaltado.

—No estoy seguro. Me ha parecido ver…

—¿Has visto el barco?

—No. Pero he visto otra cosa que me ha parecido una de esas redes que se tienden para ocultar baterías, vehículos e incluso barcos a la vista de los aviones.

Pesing luchaba para hacer volver atrás al aparato, pero el viento en contra les empujaba por la cola contrarrestando la potencia del motor. La caleta había quedado atrás, oculta por un alto acantilado.

—¡Ese acantilado forma una maldita depresión de aire a este lado! —exclamó Pesing.

Juan notó cómo, en efecto, el helicóptero estaba perdiendo altura en dirección a una amplia playa en forma de media luna.

—¿Por qué no tomas tierra en la playa y volvemos andando a la caleta? —sugirió Juan.

—¿Sin estar seguro de lo que has visto, maldita sea?

Pesing tomó una determinación heroica, dejando de luchar contra el viento para llevar el helicóptero en dirección al mar. Lejos de la depresión de aire formada por el acantilado, el aparato fue más manejable y Pesing pudo volver atrás, dar media vuelta y enfilar con la proa la abertura que formaba la caleta entre las altas paredes del acantilado.

Ordóñez se fijó mejor en aquella mancha verde que a simple vista parecía prolongarse desde el borde de la selva.

Repentinamente se produjo una ondulación en la mancha verde, y un chorro de proyectiles surcó el aire en dirección al

helicóptero… ¡Estaban disparando contra ellos a través de la red!

—¡Cuidado! —chilló Juan.

Pesing acababa de advertir también el trazo de humo de los rastreadores y movió los mandos para volver atrás. Pero atrás tenían el fuerte viento empujándoles hacia adelante, y todo lo que Pesing logró fue detener la máquina en el aire, de tal forma que esta presentaba un blanco casi inmóvil a la rápida ametralladora antiaérea que disparaba desde el barco oculto por la red.

Todo ocurrió en unos segundos.

Los proyectiles alcanzaron la máquina. Una de las palas del rotor posterior saltó en pedazos y una violenta vibración estremeció la máquina.

—¡Tocados! ¡Prepárense para abandonar el aparato! —gritó Pesing.

Ordóñez no había alcanzado todavía a comprender lo que ocurría, cuando sintió que el aparato levantaba la proa y empezaba a caer de popa.

Lo ocurrido fue que al romperse el equilibrio del rotor averiado, las otras palas saltaron también en pedazos y el helicóptero, colgando del rotor que todavía giraba, se precipitó al mar.

—¡Abre esa puerta! —gritó Pesing.

Juan lo hizo moviéndose con inconsciente rapidez, y le pareció que transcurría mucho tiempo desde que tuvo conciencia de la inminencia de la catástrofe hasta que esta se produjo.

En realidad, el rotor que todavía giraba estaba haciendo de freno, desempeñando el papel de paracaídas. Por esta razón, el choque del aparato contra el mar no fue todo lo violento que pudiera haber sido en otras circunstancias. Ordóñez sintió un golpe muy fuerte, y luego la fría impresión del agua que le entraba por el cuello y las mangas.

De pronto se encontró nadando, sostenido a Cote por el chaleco salvavidas, con el impermeable hinchado como un globo a su alrededor.

El choque del helicóptero contra la superficie del mar había roto o doblado los soportes metálicos de los flotadores. Los flotadores, sin embargo, todavía sostenían al aparato. Juan vio cómo se abría la portezuela del aparato y un soldado se arrojaba al agua. Después,

otro soldado asomó y se tiró al mar.

El aparato, arrastrado por el viento y la corriente contra el acantilado, se veía tan pronto en lo alto de una ola, como en el seno profundo de una espantosa sima líquida. De pronto, una de estas olas le cogió de través y lo levantó como una pluma arrojándolo con fuerza contra las rocas. Esta vez quedó destrozado.

Juan miró en torno buscando a los supervivientes. Por lo menos cuatro hombres nadaban sostenidos a flote por sus chalecos salvavidas. El viento les arrastraba por delante del acantilado hacia aquella playa en forma de media luna que antes habían visto desde el aire. Si los golpes de mar no les hacían pedazos contra los escollos, los supervivientes tenían buenas probabilidades de llegar hasta la playa y ponerse a salvo.

El impermeable, así como la cámara fotográfica, el acumulador para el "flash", las bombas de mano y el pesado estuche repleto de cargadores entorpecían los movimientos de Juan.

Puesto que la cámara estaría anegada y había perdido la ametralladora, de nada le servían la munición ni el acumulador. Se desprendió de todo ello. En cambio conservó el impermeable, ya que para quitarse este habría tenido que desembarazarse primero del chaleco salvavidas. Pero las olas le arrojaban contra el acantilado y no disponía de tiempo para otra cosa, excepto para luchar contra la corriente.

Pese a sus esfuerzos, no pudo evitar que una ola le levantara y le arrojara contra los escollos.

Fue un golpe tremendo y sus rodillas y sus codos sufrieren la mayor parte del daño. Se aferró con las manos a la roca, pues sabía que de ser arrastrado de nuevo al mar, las olas volverían a lanzarle una y otra vez contra los escollos hasta destrozarle.

Aguantó la terrible fuerza de succión de la ola que retrocedía. Luego se movió con rapidez gateando sobre las rocas para ponerse a mayor altura, donde las olas no pudieran arrastrarle.

Antes de ponerse definitivamente a salvo, todavía fue golpeado por la ola que venía a continuación. Luego escaló las rocas deteniéndose a recobrar el aliento. Las olas, al estrellarse contra, el acantilado, arrojaban sobre él continuos y violentos chaparrones, mas por el momento estaba fuera de su alcance.

Bajo sus pies vio los restos del helicóptero, y cerca de este el

cuerpo de un hombre, al parecer muerto, que flotaba sostenido por el chaleco salvavidas y era golpeado una y otra vez contra los afilados arrecifes de coral.

“Vaya desastre”, se dijo para sí.

Se preguntó qué habría sido de Pesing. ¿Estaría muerto también? Entonces se acordó de los piratas y los maldijo entre dientes. Examinó su propia situación.

El acantilado, aunque de lejos parecía cortado a pico, ofrecía en realidad grietas y escalones por los cuales un hombre resuelto podría escalar la cima. Juan se puso a la tarea. Encontrándose a la mitad de su escalado vio de pronto una cabeza y unos hombros que asomaban por el borde del acantilado.

Se detuvo comprimiéndose contra las rocas, preguntándose si habría sido visto. Escuchó voces. Un puñado de piedrecillas se desprendió del borde del acantilado y cayeron rebotando por su lado. Después los hombres debieron marcharse. Por lo menos no se les volvió a oír.

Juan continuó escalando la escarpa hasta la cima.

Todavía estaba descansando cuando escuchó el tableteo de una metralleta y algunos disparos sueltos de fusil. Los tiros venían de la playa contigua al promontorio.

Deslizándose entre las rocas y los matorrales alcanzó una posición desde la cual podía ver la playa a unos trescientos metros de distancia. Dos hombres yacían de bruces en la arena, y un tercero flotaba boca arriba mecido por las olas. De la línea de cocoteros salieron seis o siete hombres que se adelantaron para rodear las yacentes figuras de los náufragos.

Juan no tuvo que esforzar la imaginación para adivinar lo ocurrido.

Los piratas habían subido al promontorio, y al ver en el mar a los supervivientes que nadaban hacia la playa corrieron hacia allí para acribillar a. los desdichados “marines” cuando estaban saliendo del agua.

Este acto brutal estremeció a Ordóñez de horror. Sin embargo, él mismo no había sido más clemente con los soldados japoneses que muchas veces cayeron por sorpresa bajo las balas de su mortífera “metralleta”. La única diferencia consistía en que la guerra excusaba estos actos de barbarie.

—¡Y yo que creí que había tenido mala suerte al ser arrojado contra los escollos! —exclamó amargamente en voz alta.

Atisbó el mar desde la altura. Al parecer, él era el único superviviente de la tripulación del helicóptero. Trágico final para una aventura en que él se las prometía muy felices.

Desde el promontorio vio cómo los soldados despojaban a los cadáveres de los soldados. Luego los asesinos se retiraron dejando los muertos tirados en la playa. Juan experimentó entonces una deprimente sensación de soledad.

Se preguntó cuánto tardaría en llegar el helicóptero del teniente Anambas y si llegaría siquiera.

¿Qué haría Rivas después de explorar la costa y no encontrar a Pesing? El súbito silencio de la radio debía despertar sus sospechas. Juan confió en que Rivas vendría en busca del helicóptero desaparecido. En tal caso, él debería hacer señales al aparato para alejarle de las ametralladoras del barco pirata.

Juan se arrastró de nuevo sobre sus ensangrentadas rodillas para asomar a la caleta.

Sí, allí estaba el barco. Desde esta altura podía distinguirle confusamente a través de la red tendida sobre la caleta. Los piratas habían echado hojas y hierbas sobre la red de camuflaje, pero un extremo del corto mástil asomaba sobre esta.

Con unas cuantas granadas de mano, desde la ventajosa posición que ocupaba, Ordóñez habría podido infligir graves daños a los piratas. Pero no tenía bombas. Si las hubiera traído se habrían estropeado después de su inmersión en el mar.

Además, la señorita Hang y sus amigos debían encontrarse a bordo. Así, pues, aunque hubiese tenido bombas, no habría podido atacar al barco sin arriesgarse a herir también a los prisioneros.

Transcurrida media hora, Juan vio desde el promontorio a los piratas que salían de la selva y saltaban sobre las rocas de la caleta en dirección al barco.

En esto momento se escuchó el runflado de un motor de aviación. Juan había aprendido a distinguir el característico estrépito de un motor de helicóptero de cualquier otro motor. ¡Y era el estruendo de un motor de helicóptero el que oía!

Los piratas habían quedado inmóviles y levantaban los ojos

buscando la máquina en el cielo.

Juan miró atrás. Entonces vio aparecer el “plátano volador” sobre la selva. Avanzaba despacio haciendo girar furiosamente sus rotores, luchando contra el viento. ¡Iba a pasar sobre la playa!

Buscando algo con que hacer señales al aparato, Ordóñez halló la solución en su impermeable. Se lo quitó y empezó a agitarlo desesperadamente.

Desde el fondo de la caleta los piratas no podían ver a Ordóñez, pero el piloto del helicóptero le vio. La máquina descendió rugiendo sobre el promontorio. Juan agitó los brazos.

—¡Atrás! ¡Aterrizad en la playa! ¡En la playa!

Sus señas debieron ser comprendidas. Juan pudo ver a Rivas que le hacía una seña desde la carlinga. El aparato retrocedió hacia la playa, giró sobre sí mismo y se dispuso a aterrizar.

—Espero que comprendan cuando encuentren los cadáveres —murmuró el periodista.

En este momento comenzaba a llover de nuevo. Juan se puso el impermeable. Extraordinariamente reconfortado con la presencia del helicóptero, gateó de nuevo hacia el borde de la escarpa.

En el fondo de la caleta, los piratas parecían presa de gran excitación.

“¡Ah, granujas! Pronto recibiréis vuestro merecido —exclamó el periodista para sí.

Dos de los piratas habían comenzado a trepar en dirección a la cima del promontorio. Seguramente se proponían utilizar la altura para vigilar los movimientos del helicóptero, como ya antes habían hecho para localizar a los comandos náufragos.

“Esos vienen hacia aquí —reflexionó—. ¿Me habrán visto?”

Se escondió entre dos peñas y esperó conteniendo el aliento. El verde del impermeable y la funda pintarrajeada del casco le hacían difícilmente distinguible entre los matorrales. Los piratas no le habían visto. Escalaron apresuradamente la escarpa, pasaron muy cerca de donde el periodista se encontraba escondido y cruzaron la cima para ir a observar el helicóptero que acababa de aterrizar en la playa.

Uno de los malayos llevaba prismáticos y los asestó sobre el aparato. Habló al hombre que estaba a su lado. Este retrocedió

hacia el lugar donde se encontraba Juan, pasó sin verle y se asomó a la caleta.

—¡Soldados! ¡En la playa! —gritó agitando los brazos.

Una diabólica idea se había apoderado del ánimo de Ordóñez. El hombre estaba a una docena escasa de pasos. Bastaría un empujón y…

No lo pensó más. Se puso en pie y saltó sobre las rocas en dirección al bandido. Este se volvió de pronto, encontrándose inesperadamente frente a Ordóñez. El hombre cayó hacia atrás y se precipitó al abismo sin lanzar una sola voz. Juan se retiró a toda prisa. El corazón le golpeaba brutalmente en el pecho. Se volvió empuñando la subametralladora.

El malayo de los prismáticos comenzaba a descender por el lado contrario en dirección a la playa, de forma que solo sus hombros y su cabeza, resultaban visibles para Juan, y aun estos desaparecieron rápidamente de su vista.

Juan no intentó seguirle. Una nueva idea rondaba su cabeza. Los piratas probablemente acudirían a rechazar a los "marines" que estaban desembarcando del helicóptero. Concentrarían el mayor número de fuerzas posible en la playa. Quizá solo quedaran uno o dos hombres en la caleta al cuidado del barco y los prisioneros. ¡Esta podía ser la ocasión!

Volvió al filo del acantilado y miró abajo. El chaparón arreciaba en estos momentos. Varios hombres corrían sobre las rocas hacia la selva. Ni uno solo se volvió a mirar atrás y arriba. ¡Nadie se había dado cuenta de que un hombre había caído por el precipicio al mar!

—Muy bien, muchachos. ¡Id, corred todos hacia la playa! —murmuró entre dientes.

Se retiró de nuevo y se sentó a reflexionar mientras tranquilizaba sus nervios. La lluvia resbalaba sobre su impermeable y goteaba desde la visera de su casco de acero. ¡Vaya un temporal! Pero, aunque empapado, no sentía frío. El impermeable de celofán le protegía del viento y conservaba el calor de su propio cuerpo.

Una ametralladora tableteó en la playa. Los comandos de Rivas debían haber establecido contacto con los piratas.

Juan se puso en pie, se aseguró de que la "metralleta" estaba lista para funcionar y empezó a bajar hacia la caleta.

Hasta que estuvo casi al nivel del mar no pudo ver el barco oculto bajo la red. Se trataba de una antigua “P-T” o patrullera de crucero de la Armada de los Estados Unidos. Si no se trataba de la misma que abordó al “Penguin”, por lo menos era idéntica.

Claro, que todas las “P-T” eran idénticas. La idea de que siendo un barco igual al pirata que asaltó al “Penguin”, pudiera en realidad tratarse de otro distinto, se le ocurrió de pronto a Ordóñez y le produjo malestar en el estómago. ¡Vamos, estaría bueno que arriesgara el tipo asaltando aquel barco por nada!

La antigua torpedera estaba atracada de popa y unida a tierra firme por un tablón largo y angosto. Desde la toldilla vio un hombre, un pirata.

Estaba sentado en una hamaca de lona plegable, tenía una ametralladora cruzada sobre las rodillas. Vuelto de perfil, el hombre miraba hacia la selva por el lugar donde habían desaparecido sus compañeros.

Con la “metralleta” bajo el brazo, la mano en la empuñadura y el dedo sobre el gatillo, Ordóñez siguió saltando de roca en roca hasta que, encontrándose a unos veinte pasos de distancia, el centinela volvió la cabeza y le vio.

El hombre quedósele mirando un instante y luego saltó en pie, lanzando un grito:

—¡Eh!

Juan se detuvo. Los dos empuñaron a la vez sus armas, pero el periodista fue más rápido. Desde la altura de la cadera disparó una ráfaga que cogió de través al pirata y le proyectó contra la hamaca. La hamaca se vino abajo y el hombre rodó sobre cubierta.

Ordóñez pensó que probablemente había más de un centinela a bordo. Tenía, pues, que apresurarse en alcanzar la cubierta antes que algún otro malayo acudiese.

Corrió hacia la plancha formada por aquel largo y estrecho tablón, y ya se encontraba junto a este cuando escuchó el agudo y familiar crepitar de un fusil “Garand” que disparaba velozmente.

Dos balas pegaron en la roca a sus pies y otra le hizo un agujero en el faldón del impermeable.

Se detuvo en seco y giró en redondo.

El hombre se encontraba en pie junto a una choza de bejucos, la

cual Juan no había visto antes, probablemente porque esta era fácil de confundir con la vegetación que se levantaba al fondo. El pirata le enfilaba con su fusil.

Juan se tiró de bruces sobre la roca al mismo tiempo que el otro disparaba.

El malayo erró el primer disparo. El segundo pegó en el casco de acero de Juan y fue desviado.

—Espera, ahora me toca a mí —refunfuñó el periodista.

Tableteó la “metralleta”. El pirata dobló las rodillas, soltó el fusil y se deslizó de bruces al suelo.

Saltando de nuevo en pie, Juan cruzó sobre la cimbreante plancha. En este momento, una cabeza y unos hombros asomaban por la escotilla de la sala de máquinas. La cabeza estaba cubierta por un turbante sucio de grasa.

Antes que la cabeza volviera a desaparecer, Juan mandó contra ella una rociada de balas que hicieron saltar astillas de los bordes de la escotilla.

El malayo cayó dentro de la sala de máquinas, mas para entonces ya estaba muerto.

Con esta última y corta ráfaga, la “metralleta” de Juan había acabado el cargador. Juan corrió hacia el malayo que estaba a medias cubierto por la volcada hamaca. La “metralleta” del pirata yacía sobre cubierta y Juan la cogió.

Con su nueva arma empuñada, Ordóñez se detuvo para mirar a su alrededor. El barco se balanceaba y tiraba de la chirriante amarra. Por delante de la caleta cruzaban las grandes olas saltando sobre las rocas. El bramido del mar, el silbido del viento y los crujidos de las amarras eran todos los ruidos que se escuchaban.

Moviéndose con rapidez, aunque sin desestimar ninguna medida de precaución, Ordóñez se dirigió a la escotilla de los camarotes. Alguien pegaba golpes contra una puerta. Una voz de mujer gritó:

—¡Aquí, auxilio!

Juan se precipitó por la escalerilla hasta el corto y angosto corredor al cual se abrían las puertas de los camarotes. De pronto, la puerta correspondiente a la cámara al fondo del corredor se abrió con violencia, y un hombre apareció empuñando una pistola.

Ordóñez apretó el disparador. La ametralladora tableteó

ensordecedoramente en el angosto pasillo y el hombre cayó hacia atrás.

Antes de atender a las voces de socorro que se escuchaban en los dos camarotes laterales, Juan avanzó por el corredor y se asomó al pequeño y vacío comedor. El hombre que acababa de matar vestía uniforme azul de marino con galones de capitán de la, marina mercante. Era un chino.

Juan volvió atrás hacia la puerta donde sonaban loa golpes.

—¡Aquí, socorro! —gritó una voz de mujer.

—¡Apártese, voy a hundir la puerta! —advirtió Juan.

Las lanchas “Higgins” de crucero habían sido construidas de materiales muy livianos y la puerta era en realidad muy endeble. Un formidable patadón de Juan la hundió con estruendo.

Apenas la puerta había caído cuando corrieron hacia él dos mujeres. La más alta era una anglosajona de cabellos rubios y ojos azules y asustados. Debía tener entre 35 y 33 años y poseía una buena figura. Vestía falda azul marino y camisa blanca de corte masculino, apropiada para la práctica de los deportes.

La otra mujer era la señorita Hang, que vestía jersey blanco ceñido al busto y pantalón azul largo.

—¡Mi marido, por favor! —exclamó la señora Nyam—. ¡Aquí, en el camarote de al lado!

CAPÍTULO VI

EL primero en salir del camarote fue el doctor Nyam, que corrió a abrazar a su esposa. Jim Blacker tenía una expresión aturdida y miró a Ordóñez sin reconocerle.

Juan miró con curiosidad al doctor Chang. Este era un hombre de estatura algo fuera de lo corriente en un chino: alto, delgado y de cabellos cenicientos, con una calva del tamaño de la palma de la mano en la coronilla. Debía tener unos 60 años o rondaba acerca de ellos.

El encuentro de los hombres con las mujeres fue seguido de una corta confusión. Esta todavía aumentó más cuando la señorita Hang reconoció al cadáver que yacía atravesado ante la puerta del comedor, al fondo del corredor.

—¡Dios mío, es el capitán Lung Fukian!

Lee Nyam se separó de su mujer y fue a inclinarse sobre el cadáver.

—Ha muerto —anunció.

—¿Era el capitán de su yate? —preguntó Juan a la señorita Hang. Ella asintió aturdida. Juan hizo una mueca—. Salió por esa puerta encañonándome con la pistola y tuve que disparar contra él.

—¿Fukian le amenazó con su pistola? —preguntó el doctor Nyam.

—Me apuntaba con ella. No sé si en realidad se proponía disparar, aunque naturalmente, no me entretuve en preguntarle. Creo que nadie lo hubiera hecho en mi lugar.

—Era un amigo nuestro —aseguró la señorita Hang.

—Lo siento —contestó Juan—. Muchos amigos míos han muerto también en sus esfuerzos por rescatarles a ustedes. En estos momentos, los soldados libran una batalla con los piratas no lejos de aquí. Mi consejo es que no perdamos tiempo en lamentaciones

inútiles.

Juan se inclinó para coger la pistola que el capitán Fukian todavía empuñaba en su crispada mano. Luego se volvió hacia el asustado grupo.

—Adelante, salgamos de aquí.

Llovía torrencialmente cuando los rescatados salieron a cubierta y cruzaron corriendo por esta hacia el tablón que unía el barco a tierra firme. Juan quedó rezagado despojando al malayo de media docena de cargadores que este llevaba en el cinturón. Luego recogió la “metralleta” que antes había abandonado y siguió a Jim Blacker, que era el último del grupo que estaba pasando por la plancha haciendo equilibrios.

Cuando, después de saltar sobre las rocas, llegaron bajo los árboles y se detuvieron junto a la choza de bejucos, todos estaban ya mojados. Muong Chang recogió el fusil “Garand" del suelo y despojó al malayo muerto de sus cartucheras. Al incorporarse, preguntó, clavando sus inteligentes ojos en Ordóñez:

—¿Cuál es su plan, señor?

—No tengo ninguno —contestó el periodista con sinceridad—. La escuadra del comandante Rivas lucha con los piratas en la playa, a unos trescientos metros de aquí. Debemos intentar reunirnos con ellos.

—¿Cómo llegaron ustedes hasta esta isla?

—En helicóptero. Las ametralladoras del barco derribaron mi aparato, pero hay otro helicóptero en la playa, el del comandante Rivas.

—¿Es usted piloto?

—No. Soy a lo que parece el único superviviente del aparato que derribaron los piratas. Esos diablos remataron a todos los soldados en la playa. ¿Alguno de ustedes sabe manejar una ametralladora? ¿Usted tal vez, Blacker?

Blacker le estaba contemplando con el ceño fruncido.

—¿Creo que nos conocemos, no es eso? —gruñó—. Usted es Ordóñez, ese maldito periodista…

Juan sacó el cargador de la “metralleta”, sustituyéndolo por uno de los que había requisado sobre el cadáver del pirata en la cubierta del barco. Luego, arrojando el arma por el aire en

dirección a Blacker, dijo:

—Sí, yo soy el maldito periodista que le desenmascaró. Tome la ametralladora. Quizá pueda reconocerla como alguna de las que usted ha vendido a millares sin importarle mucho a qué manos iban a parar.

La señorita Hang le estaba mirando sorprendida.

—Y ahora vamos andando —dijo Juan.

Al alejarse de la caleta y del rugido del mar, empezaron a oír los lejanos disparos en la playa. El tiroteo era muy nutrido, predominando en él el fuego de las armas automáticas.

La selva que atravesaban era muy tupida, y en ella la oscuridad era casi completa. La lluvia producía un continuo rumor al caer sobre los árboles y los grandes helechos. El suelo rezumaba humedad y estaba encharcado en muchos lugares. Solamente Ordóñez llevaba impermeable, de modo que muy pronto todos los demás estuvieron completamente calados.

Después de avanzar unos doscientos metros, Ordóñez se detuvo a esperar al grupo que llegaba andando en fila india.

—Tendremos que abrirnos paso entre los piratas para llegar junto a los “marines” —advirtió.

Siguieron avanzando, ahora con más lentitud y sigilo. Los disparos se escuchaban cerca. Enfrente de Ordóñez, una “metralleta” tableteaba continua e incansablemente. Se detuvo, haciendo señas a los que estaban detrás para que esperaran. Luego avanzó solo.

Le pareció notar que en este momento disminuía la intensidad del fuego de los comandos. El suelo era allí de arena, por lo que Ordóñez adivinó que se encontraba cerca de la playa. De pronto, dominante el crepitar de las ametralladoras, se dejó oír el rugido del motor del helicóptero. Esto sorprendió mucho al periodista.

Apartando las ramas de un helecho, Ordóñez pudo ver a un hombre que empuñaba una metralleta y estaba agazapado tras el tronco de una palmera. Más lejos, entre los cocoteros, divisó el mar. En la playa, el helicóptero hacia girar sus rotores.

Los “marines” estaban apostados detrás de la última línea de cocoteros. En este momento los soldados arrojaron un puñado de granadas entre los árboles. Saltó la arena proyectando al aire una

nube de ramas y hojas. Desde su posición, los piratas hicieron tabletear sus ametralladoras, tal vez comprendiendo que con aquella lluvia de bombas los comandos se proponían cubrir su retirada hacia el helicóptero.

Desde la altura de la cadera, Ordóñez disparó su “metralleta” contra el hombre que estaba tras el cocotero.

Entre el estruendo de las explosiones y la confusión del tiroteo, nadie probablemente se dio cuenta de la presencia de una ametralladora detrás.

El hombre quedó literalmente clavado al tronco por los balazos. Juan se deslizó por el suelo hasta él. Era un “obisno”, miembro de una de las varias tribus que habitaban el archipiélago. Junto a sí, el malayo tenía varias carteras de cuero repletas de cargadores para su metralleta.

Los “marines” retrocedían apresuradamente hacia el helicóptero, disparando sus ametralladoras y barriendo con un torrente de balas la espesura de la selva entre los árboles.

Desconsolado, Ordóñez vio desde su refugio cómo los “marines” se encaramaban al helicóptero. Todavía en el suelo, Leonardo Rivas manejaba furiosamente su ametralladora, cubriendo con ello la retirada de sus hombres. Pero no todos iban a llegar hasta el aparato. Un soldado cayó bajo los disparos de los piratas. Otro que estaba junto a Rivas dobló las rodillas. Rivas lo sostuvo con una mano mientras seguía disparando con la otra.

Desde el aparato, los compañeros del herido asieron a este por los brazos y lo izaron a bordo. El helicóptero hizo girar furiosamente sus rotores. Rivas saltó a uno de los flotadores y la máquina se elevó rápidamente volando a favor del viento, con lo cual pronto desapareció de la vista de Ordóñez.

Los piratas salieron corriendo a la playa para perseguir con sus disparos a la máquina que se alejaba.

Este fue el momento que Juan aprovechó para recoger el arma del “obisno” y los estuches de cargadores, retrocediendo a toda prisa para reunirse con el grupo que le esperaba intranquilo.

—El helicóptero se ha marchado —anunció Juan.

—¡Se marchan y nos abandonan! —exclamó la guapa señora Nyam.

—Yo no diría eso. El comandante Rivas debió comprender que se encontraba en inferioridad numérica frente a los piratas, y optó por retirarse. Puede que decida aterrizar en otro lugar de la isla. De todas formas no debemos sentirnos abandonados. El "Kanguro" navega hacia Taui Taui. Apenas mejore el tiempo, enviará nuevas fuerzas de desembarco en nuestro socorro.

—¿Estamos en Taui Taui? —preguntó el doctor Nyam.

—Sí. Y el vicealmirante Loveda sabe que ustedes están aquí, o por lo menos tiene fundados motivos para suponerlo después que Rivas le informe por radio. Vamos, no perdamos más tiempo.

—¿Pero a dónde? —preguntó la señorita Hang—. ¿A dónde vamos a ir?

—A cualquier parte. El lugar no importa, con tal que pongamos la mayor distancia posible entre nosotros y los piratas.

Ordóñez entregó la "metralleta" al doctor Nyam, repartió unos cuantos cargadores y se puso a la cabeza de la columna tomando la dirección sur.

Habían cesado los disparos. Después de ahuyentar a los comandos filipinos, los piratas regresarían a la caleta. Entonces descubrirían que sus prisioneros habían volado. Y Juan no quería ni imaginar la rabia y el encono con que los piratas emprenderían la persecución.

Mientras tanto, seguía lloviendo, el cielo aparecía cubierto y se anunciaba la proximidad del crepúsculo. Después de media hora de marcha muy rápida, el doctor Chang vino a ponerse al lado de Juan.

—¿Se ha dado usted cuenta de que estamos dejando un rastro muy marcado de nuestro paso? —dijo el chino.

—Es cierto, el suelo está empapado de agua y muy blando. ¿Cómo podríamos evitarlo?

—Los piratas deben haber descubierto nuestra fuga. Seguramente ya han emprendido la persecución.

—Nuestra situación es apurada, lo reconozco. Sin embargo, mientras no dejemos de andar…

—La señorita Hang tiene destrozados los zapatos. Su calzado no es el más apropiado para marchar horas y horas por un suelo accidentado que rezuma humedad. Pronto oscurecerá.

—Bueno, tampoco podemos hacer nada para impedir eso.

—Ellos llevarán linternas, mientras que nosotros tendremos que continuar completamente a oscuras.

—¡Lo sé, lo sé! —exclamó Juan exasperado—. ¿Qué podernos hacer? ¿Se le ocurre a usted alguna solución? ¿O tal vez prefiere volver con los piratas?

—Discúlpeme, en ningún momento mis palabras implicaron censura para lo que está haciendo por nosotros. Solamente que yo creía que estábamos siguiendo algún plan premeditado.

—Siento decepcionarle, doctor Chang. No existe tal plan preconcebido. Desde que el mar me arrojó contra las rocas, y trepé al acantilado y vi que los piratas acudían a la playa para atacar a los soldados, todo fue improvisado. Vi una oportunidad de liberarles mientras los piratas estaban lejos y probé a hacerlo. Hasta aquí solo he hecho seguir la marcha favorable de los acontecimientos. Si las cosas se complican y se vuelven en contra…

—Comprendo. Nuestra mayor esperanza está en que mejore el tiempo y puedan desembarcar les comandos. Ese barco, el “Kanguro”, ¿nos está buscando?

—Desde que los piratas asaltaron el “Penguin”. Se trata de un barco portahelicópteros cuya misión específica consiste precisamente en perseguir y combatir la piratería en este archipiélago. Mañana, a primera hora, el “Kanguro” estará ante la isla. Muy malo habría de ser el tiempo para que los helicópteros no pudieran despegar.

—Así, pues, todo consiste en no dejarnos coger antes que el portaaviones llegue a la vista de la isla, ¿no es eso?

Juan dijo que así era y el doctor regresó a la retaguardia para reconfortar a la señorita Hang con tan buenas noticias.

Estaba anocheciendo. Con las últimas luces de un día anormalmente corto llegaron ante un torrente de crecidas y rojas aguas. Juan se metió en el arroyo para comprobar que se podía cruzar. El agua le llegaba solo hasta la ingle.

—Vengan aquí —dijo al grupo que estaba en la orilla.

El doctor Chang entró en el agua sosteniendo en alto el fusil y las municiones, acudiendo junto al periodista.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo Juan—. Vamos a

descender sin abandonar este arroyo hasta el mar. Cuando los piratas lleguen a este punto comprenderán que hemos seguido por él, pues no encontrarán huellas que indiquen que hemos salido a la otra orilla. Tal vez se dividan para explorar el arroyo arriba y abajo, con lo cual les obligaremos a una de estas dos cosas: o bien a dividirse, o bien a perder tiempo hasta volver a dar con nuestras huellas. En la playa nos moveremos mejor después que oscurezca. Incluso existe la posibilidad de que las olas borren nuestras huellas en la arena, con lo cual les proporcionaremos otro quebradero de cabeza.

—Es una idea excelente —aprobó Chang.

Formados en una fila india siguieron marchando por el torrente. El fondo era bastante desigual y estaba lleno de hoyos, lo cual en diversas ocasiones provocó la caída de uno u otro de los expedicionarios.

Pero había, además, otra cosa en la cual Juan no había pensado, y era que a medida que progresaban por el arroyo hacia el mar, aquel era más ancho y profundo, pues engrosaba continuamente con la aportación de otros arroyuelos que por un lado y otro se vertían en él.

Las aguas, de corriente bastante impetuosa, llegaban ya al pecho de Ordóñez. Este estaba pensando que tendrían que abandonar el arroyo, cuando le reanimó el mugido del mar que se anunciaba cerca.

Casi a tientas llegaron a la playa. Allí, las olas tenían una especial fosforescencia. El grupo se reunió en torno del periodista.

—Ahora la pregunta es esta —dijo Juan—. ¿Volvemos playa arriba para estar más cerca de los comandos cuando estos desembarquen mañana? ¿O bien seguimos hacia el sur hasta encontrar alguna cueva u otro lugar donde refugiarnos?

Las opiniones se dividieron, de modo que finalmente Juan tuvo que decidir por sí mismo.

—Seguiremos hacia el sur. De todos modos, si los comandos desembarcan mañana, no tardarán en encontrarnos. Ahora vamos a procurar marchar cuan adentro podamos en el mar. Aunque las olas nos empujen a veces y nos derriben. Poco o mucho, espero que las olas borren nuestras huellas. ¿Cómo anda de calzado la señorita Hang?

—Llevo lo menos dos millas andando descalza —fue la respuesta de la joven.

—Mientras caminemos por la arena no necesitará sus zapatos

Pero como lógicamente debía esperarse, no fue arena todo lo que encontraron en el litoral. Poco después empezaron a surgir grandes rocas y un poco más adelante se encontraron ante un promontorio.

Juan volvió junto a la señorita Hang, a quien apenas podía ver como una mancha pálida, la de su jersey, en la oscuridad.

—No hay más remedio, tendré que llevarla a borriquillas.

—Seguiré andando mientras pueda, no se preocupe por mí.

—No podrá seguir sobre estas rocas tan afiladas. Se lastimaría las plantas de los pies, y eso podría ser peor. Tal vez llegue un momento en que tenga que correr, incluso descalza. ¿Comprende usted lo que quiero decirle? Si le quedan energías, debe reservarlas para un caso de apuro.

La joven guardó silencio. Se escuchó entonces a Blacker:

—Déjese llevar. ¿No comprende que Ordóñez tiene que hacer méritos para que le vuelva a emplear en alguno de sus periódicos?

Juan sintió una oleada de calor en el rostro. Si hubiera podido ver a Blacker en la oscuridad le habría propinado un puñetazo.

—¿Por qué cree que me urge hacer esa clase de méritos? —contestó rechinando los dientes—. ¿No hay otros periódicos en el mundo donde un periodista pueda encontrar empleo?

Mientras escalaban el promontorio empezaba a desarrollarse una tormenta de truenos y relámpagos con acompañamiento de fuerte aguacero.

En parte, la tormenta resultó providencial. Al explorar el promontorio, Juan halló cerca de su cima un hueco entre las rocas, el cual resultó ser la entrada a una cueva bastante capaz para albergarles a todos.

—Para usted, no. Es un periodista acabado. ¿Quiere saber lo que piensa Peter Croft de usted? —desafió Blacker.

—Sé lo que piensa Croft de mí.

—No está lejos el día en que tenga que arrastrarse como un perro, importunando a sus antiguos amigos para que le presten un dólar con que poder comer.

—¿Es eso lo que cree?

—Sí. Y eso mismo es lo que la señorita Hang piensa de usted.

Una bofetada recibida en pleno rostro no hubiera dejado a Juan más mortificado que aquella alusión directa a lo que la señorita Hang pensaba de él. Esperó por si ella tenía algo que añadir o rectificar a lo dicho por Blacker, pero la señorita Lu Hang no dijo nada.

—Usted es un hombre fuerte, o al menos lo parece —dijo Juan con resentimiento—. Ya que está a partir un piñón con la señorita Hang, cargue usted mismo con ella. ¡Vamos, no perdamos más tiempo!

CAPÍTULO VII

DANDO trompicones. Blacker llegó con la señorita Hang a cuestas y la depositó en el suelo ante la cueva. El resto del grupo llegó también.

—¿Alguien tiene cerillas? —preguntó Muong Chang, Pero nadie contestó.

En parte a tientas, en parte aprovechando el fulgor de los relámpagos, entraron en la cueva y se sentaron en el suelo. El refugio al menos estaba seco y les protegía del viento y la lluvia. Juan se quedó cerca de la entrada, la espalda contra la roca y la “metralleta” cruzada sobre sus rodillas. Muong Chang vino a buscarle.



Juan se quedó cerca de la entrada

4 - PIRALERÍA

—¿Cuánto tiempo cree que tardarán en encontrarnos? —preguntó Chang.

—¿Se refiere a los piratas? Tal vez no den con nosotros antes del amanecer. Y si llegaran antes podemos tenedles a raya desde este refugio durante varias horas. Siempre, naturalmente, que ustedes quisieran luchar.

—¿Por qué dice eso?

—Porque tal vez entre todos usted sea el único dispuesto a

luchar por su libertad, incluso al precio de perder la vida.

—¿Y los demás no?

—Para la señorita Hang, los Nyam y hasta ese estúpido Blacker, todo se reduce a una cuestión de dinero. Es de esperar que los piratas pidan un fuerte rescate por su libertad. Pero con usted es distinto…

—¿Qué es lo que sabe usted? —preguntó Chang secamente.

—Solo lo que he oído decir. Según cree el Servicio de Información filipino, usted puede ser la causa principal del asalto al “Penguin”. Naturalmente, los piratas también cobrarán un alto rescate por usted. Pero no serán sus amigos quiénes paguen ese dinero, sino los chinos comunistas.

—¡Oh, no! —exclamó Chang roncamente.

—¿Usted no había pensado siquiera en ello?

—Sí, aunque no dije nada a nadie. Con frecuencia se ha pretendido atribuir un objetivo político a estos actos de piratería de los moros de Joló, aunque nunca pudo demostrarse. Yo prefería creer que el dinero de la señorita Hang, los Nyam y ese señor Blacker constituían el único y exclusivo objetivo de los piratas.

—Y así es seguramente. Los piratas no tienen nada contra usted. Pero acaso les deban algún favor a los chinos comunistas… O simplemente esperan conseguir un fuerte rescate por la entrega de su valiosa persona.

Permanecieron en silencio largo rato. La tormenta restallaba esparciendo el cárdeno resplandor de los relámpagos sobre el proceloso mar y las oscuras rocas del acantilado.

Luego Muong Chang habló:

—Los chinos no deben cogerme nunca, señor Ordóñez. Al menos, no deben cogerme vivo. Me torturarían, me administrarían drogas hipnóticas y finalmente me obligarían a hablar. Muchas personas que viven más o menos tranquilas en la China peligrarían… ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, me lo figuro. Usted era el cabecilla de una organización secreta anticomunista allá en el continente. Seguramente, la vida de muchas personas complicadas en esa organización corren peligro de ser detenidas si alguien las delata…

—Pero yo no quiero ser su delator, señor Ordóñez. Esa fue la

razón por la cual tuve que huir de la China. Por lo tanto, si el propósito de los piratas es entregarme a los comunistas…

Chang dejó en suspenso el final de su pensamiento. Juan, impresionado, murmuró:

—Es posible que todos nos equivoquemos, después de todo. A lo mejor, los “moros” ignoran toda la importancia que usted tiene para los comunistas.

En vista de la preocupación de Chang, Ordóñez prefirió callar lo que sabía acerca de la creencia del Servicio de Información filipino respecto a la posibilidad de que los piratas tuviesen concertada una cita con un submarino rojo, el cual sería el encargado de llevar a Chang al continente.

—Voy a intentar dormir un poco —dijo finalmente Chang—. Despiérteme para que yo haga la mitad de la guardia.

Juan continuó junto a la entrada de la cueva. Aunque sentía hambre, hubiera dado cualquier cosa por poder fumar un cigarrillo, o tomar una taza de café, o un trago de coñac. Su bien surtida mochila había desaparecido en el mar durante el naufragio del helicóptero.

Se preguntó qué habría sido de Rivas y el segundo aparato. ¿Habrían regresado los comandos al barco nodriza? No lo creía probable, dado el fuerte viento en contra reinante.

Seguramente Rivas había buscado un lugar alejado para aterrizar y esperaba una mejora del tiempo para volar con la información que poseía de regreso al “Kanguro”.

—¿Duerme, señor Ordóñez?

Esta voz sobresaltó a Juan, haciéndole pegar un respingo. Era la señorita Hang quien estaba en pie junto a él.

—¿Cómo? ¡Oh, bueno! Es posible que quedara un poco atroncado, al menos no la oí llegar. ¿Es que usted no duerme?

—Ya he probado, aunque inútilmente. Con estas ropas mojadas y con tanto frío… Además, siento hambre. ¿No tiene usted siquiera un cigarrillo?

—No, lo siento. Pero puedo darle mi impermeable y algo mitigará el frío.

Juan se puso en pie, empezando a quitarse la prenda.

—Déjelo, usted mismo está tan mojado como yo —protestó la

joven.

—No lo crea, algo se han secado las ropas con el calor del cuerpo debajo del impermeable. Póngaselo, la envolverá, hasta los pies y creará una cámara de aire caliente que…

—No, no puedo permitirlo —rechazó la señorita Hang.

Él se detuvo de pronto.

—¿No creerá que hago esto por ganarme su simpatía, verdad?

—¿Por qué dice eso?

—Por si piensa que al aceptar mi impermeable se obliga a corresponder de alguna forma… por ejemplo volviéndome a tomar en su periódico. No deseo inspirarle gratitud ni compasión, señorita Hang.

—La verdad, Ordóñez, es que no es usted de la clase de hombres que inspiran compasión. Tan orgulloso, tan seguro de sí mismo…

—Usted confunde una cosa por otra, señorita Hang. No se trata de orgullo, sino de dignidad y amor propio. Puede aceptar tranquilamente mi impermeable. Aunque me lo pidiera de rodillas no volvería a aceptar un empleo en su periódico.

—¿Es tan serio su resentimiento?

—Soy un buen periodista, a pesar de lo que digan Peter Croft y ese imbécil de Blacker. ¿Sabe por qué estoy aquí? Voy a escribir un reportaje, una historia de piratas, soldados y barcos, tan real y tan apasionante que dará la vuelta al mundo y las mejores agencias de noticias se disputarán el honor de publicar mi trabajo. ¿Cree que no lo puedo hacer?

—Al contrario, sé que lo hará y que lo hará bien.

—¿Qué es eso? ¿Se burla de mí? —dijo Juan entre dientes.

—¡Dios mío, qué susceptibilidad tan irritable! —exclamó la señorita Hang—. No intento burlarme. Me consta que hará bien este reportaje, porque forma parte de su especialidad. Usted empezó como corresponsal de guerra. Nunca debió dejarlo por esas croniquillas de pequeños sucesos, tan poco aptas para el lucimiento personal. Todavía recuerdo sus reportajes de la guerra de Corea. Eran, en su estilo, piezas de una lograda madurez. Usted merecería trabajar para alguna gran agencia de información. Tal vez yo pudiera hacer algo en ese sentido.

—¿Por qué había de hacerlo? Ni siquiera le soy simpático.

—¿Usted qué sabe? Además, muchas personas no nos son simpáticas, y sin embargo, reconocemos en ellas alguna buena cualidad.

—Debe ser cosa rara. A mí nunca me ha ocurrido.

—¿Quiere decir que si una persona no le cae a usted simpática le niega ninguna otra buena cualidad? —preguntó la señorita Hang.

—O al contrario —repuso Ordóñez—. Cuando no le veo ninguna buena calidad, a un individuo, ya no me cae simpático.

—¿Yo le soy simpática?

—No. ¡Qué va!

—Gracias por su rasgo de sinceridad —dijo la joven amoscada.

—Pero es usted muy guapa. Además, como también tiene dinero, se hace disculpar. ¿Va a tomar el impermeable? ¿Sí, o no?

—¡No! —contestó ella. Y se alejó hacia el fondo de la cueva.

Juan se encogió de hombros. Se puso de nuevo el impermeable, tomó asiento en el suelo, recostando la espalda contra la roca, y puso la “metralleta” cruzada sobre sus rodillas.

Cuando el doctor Muong Chang despertó más tarde y consultó su reloj de pulsera, vio que eran más de las doce en la esfera luminosa. La tormenta había cesado y una leve claridad hacía destacar la entrada de la cueva. El mar todavía dejaba oír su sordo y amenazador mugido, pero la impresión de Chang fue que había disminuido la fuerza del viento.

Se puso en pie y se acercó a Ordóñez. Este se había tumbado en el suelo de roca y atisbaba al exterior.

—¡Chist, silencio! —reclamó el periodista.

Chang se deslizó gateando junto a Ordóñez.

—Están ahí abajo —señaló Juan—. Los piratas.

—¿Subirán hasta aquí?

—Desde luego, si alguno recuerda la existencia de esta cueva. Estas islas son muy pequeñas y los “moros” las conocen como la palma de su mano.

Chang escuchó con atención, pero nada oyó, excepto el ruido del mar al romper contra los escollos. Miró al cielo. Las nubes corrían con rapidez, ocultando la luna que estaba tras ellas. Sin embargo, una difusa claridad se reflejaba de las nubes, y esta débil luz era suficiente para ver alrededor.

Repentinamente advirtió una sombra que se movía entre las rocas, contra el fondo gris del mar lejano. A esta sombra siguió otra, luego una tercera…

—¡Ahí están!

Juan también acababa de verles.

—Vienen hacia aquí. Seguramente conocen la existencia de esta cueva. Vaya a despertar a Blacker y al doctor.

Chang retrocedió hacia el interior de la cueva mientras Juan quedaba observando los movimientos de los piratas. No debería dejarles acercar demasiado, pues probablemente los malayos tenían granadas de mano.

Otras cuatro sombras habían seguido a las tres primeras. Los piratas debían ser ocho o nueve. Juan esperó hasta que dos de ellos avanzaron sigilosamente. Enfiló su "metralleta" y disparó.

Un grito de muerte y una maldición se escucharon simultáneamente con el crepitar de las detonaciones. Los dos hombres cayeron.

Chang y el doctor Nyam llegaron arrastrándose hasta la boca de la cueva. En este momento vino la respuesta de los piratas, en forma de una rociada de balas que rebotaron aullando sobre la roca encima de las cabezas de los tres hombres.

"Quizá no quieran matarnos y prefieran cogernos vivos", se dijo Ordóñez.

Luego, en voz alta, dirigiéndose a sus compañeros, añadió:

—Debemos procurar economizar toda la munición posible. De otra forma no podremos aguantar hasta el amanecer.

Los piratas habían dejado de disparar. Se produjo una pausa prolongada, con silencio absoluto por ambas partes. De pronto, un hombre se puso en pie desde una de las rocas. Ordóñez disparó, mas por muy aprisa que lo hizo el hombre ya se había agazapado.

Cuando esta treta se repitió por tercera vez, sin que tampoco los disparos de Chang lograran alcanzar la silueta, Juan formuló en voz alta un pensamiento.

—Tratan de hacernos gastar nuestra munición.

—Disparemos solo en el caso de que avancen a la descubierta —rezongó Chang.

Poco después saltaba en pie otra figura y se agazapaba en el

acto. Pero esta vez les defensores de la cueva permanecieron impasibles y en silencio. Un nuevo intento de atraer los disparos de estos, sin que lo consiguieran, debió disuadir a los piratas de la inutilidad de sus esfuerzos.

Tomaron otra determinación.

Después de un buen largo rato de silencio, algunas piedrecillas cayeron desde arriba ante la boca de la cueva.

—Hay alguien sobre la cueva —dijo Nyam.

—Temía que harían eso —repuso Juan, irritado—. Su posición es más ventajosa que la nuestra. Con unas cuantas bombas lanzadas desde arriba podrían causarnos mucho daño.

La voz de Jim Blacker habló desde atrás con agudo timbre.

—No tiene ningún objeto exponernos a que nos achicharren aquí dentro. Salgamos. De todos modos, la resistencia es imposible.

—Salga usted si quiere —contestó Juan—. Nadie le obliga a sacrificarse en compañía de sus compañeros.

Blacker guardó silencio.

Un rojizo resplandor iluminó las rocas ante la cueva.

—¿Qué es eso? —preguntó Nyam, intranquilo.

El fulgor aumentaba. Parecía venir de un fuego situado sobre la cueva. Juan oyó cierto crepitar sospechoso. Poco después, una gavilla de ciertos arbustos resinosos descendía hasta la boca de la cueva colgando de una cuerda. La luz y el calor del fuego penetraron en la cueva y obligaron a los hombres que la defendían a retroceder.

Los arbustos mojados producían mucho humo, de modo que pronto la cueva estuvo llena de él, haciendo lagrimear y toser ahogadamente a los refugiados.

—¿Lo ven ustedes? —gritó Blacker entre sofocadas toses—. Ya les dije que era inútil resistir. Este maldito humo nos ahogará si no salimos fuera.

Ni que decir tenía que este era el propósito de los piratas; obligarles a salir. Juan comprendió que la partida estaba perdida y arrojó con furia la “metralleta” al suelo.

—Está bien, ya pueden empezar a salir.

Repentinamente y a través de las lágrimas que empañaban sus ojos vio a Muong Chang que se llevaba el cañón de la pistola a la

sien.

—¡Quieto!

Juan se abalanzó sobre el chino, propinándole una trompada. El tiro salió, aun así. En medio del estupor y la consternación general, Muong Chang cayó al suelo. Juan corrió a inclinarse sobre él mientras todos los demás le rodeaban entre sofocadas toses.

—No está muerto —informó Juan con alivio—. La bala le rozó el cuero cabelludo y perdió el sentido, pero espero que vivirá. Vamos, ayúdenme a cargarlo sobre mis espaldas. Yo lo sacaré afuera.

El doctor Nyam apartó con el cañón del fusil los crepitantes arbustos.

Ordóñez salió en último lugar cargado con el exánime Muong Chang.

Afuera se vieron rodeados de un círculo de cañones de “metralleta.” y fusil que les apuntaban.

Los malayos eran siete. De entre ellos, un tipo de corta estatura que empuñaba un fusil "Garand” y cruzaba su desnudo torso con dos pesadas cananas, parecía llevar la voz cantante.

—¿Dónde está el maldito perro que asaltó nuestro barco y mató a tres de mis hombres? —dijo el malayo con vez chillona. Entonces vio a Ordóñez que salía y se dirigió a él—. ¿Fuiste tú, perro?

Todavía tosiendo, Ordóñez descargó al desvanecido Chang, dejándole en el suelo con la espalda contra una roca. De pronto, el malayo de las dobles cananas saltó sobre Juan y le propinó un golpe con culata del fusil en un oído.

Juan cayó medio aturdido mientras oía chillar al malayo:

—¡Quiero ver tu cara de cerdo antes de meterte dos balazos en la barriga!

El potente haz de una linterna eléctrica cayó sobre el rostro de Ordóñez obligándole a entrecerrar los ojos. Pese a que solo había entrevisto al bandido un instante a favor de la luz que todavía arrojaban los crepitantes arbustos, le reconoció no obstante la voz.

—Sigues teniendo tan mal genio como siempre, Maurik. Pero los años te han hecho más malo. En otros tiempos no habrías golpeado a un hombre indefenso.

—¿Quién eres tú? —rugió el malayo, acercando más la linterna

al rostro de Juan.

—Aparta esa linterna, Maurik. Me molesta en los ojos —dijo Juan con acento irritado.

—¿Me conoces?

—Como tú a mí. Aunque quizá prefieras hacerte el loco…

—¡El “Español”! —exclamó Maurik con acento de la más viva sorpresa—. ¡Eres Juan el “Español”!

—Más viejo, pero el mismo.

Maurik apartó la linterna. Súbitamente se inclinó, asió una mano del periodista y le ayudó a incorporarse de un tirón.

—¡Mi amigo Juan! —exclamó en su propio dialecto. Sacudió rudamente la mano del español-filipino, hasta que este sintió que iba a serle arrancado el brazo de cuajo—. ¡Tú eres Juan, mi amigo! ¡El hermano que una vez me salvó la vida! ¿Quién iba a decirlo?

El “Moro” se rio de buena gana. Palmeó a Juan en la espalda, todo ello bajo la mirada de asombro de los prisioneros.

—¿De modo que fuiste tú? ¡Ja, ja! Si no te hubiera creído muy lejos habría pensado quizá que era obra tuya. ¡Ah, cuántas veces he recordado aquellos buenos tiempos! ¿Qué haces aquí?

—He venido a rescatar a estos amigos.

—A rescatar a tus amigos. ¡Ja… ja… ja! ¡Qué bueno, Juan, pero qué bueno! —Maurik le pasó un brazo alrededor del cuello para sacudirle rudamente—. ¡Pero, cómo! ¿Eres soldado?

—Soy periodista. Ya sabes, de esos que escriben en los papeluchos.

—¡Claro, Juan, claro! Todavía los leo de vez en cuando para no olvidar lo que tú me enseñaste. ¿Te acuerdas? “A”… “E”… “I”… ¡Lo que costó de aprender la “Uve” y la “Eñe”! —soltó una risotada. Luego se volvió hacia sus hombres frunciendo amenazadoramente el ceño—. ¿Qué hacéis allí parados, imbéciles? ¡Vamos, llevad a los prisioneros al barco! ¿Y ese chino, qué le ocurre? ¿Está muerto?

—Solamente herido. Quiso descerrajarse un tiro. Yo se lo impedí.

—¡Muy bien hecho, Juan! Habría sido una puerca mala suerte que se nos muriera, pobre infeliz. ¿No hay nadie más en la cueva?

—No.

—Juan, no me fío de ti. ¡Ja… ja… ja! Espera, voy a ver si de

veras no queda nadie más en la cueva.

La señorita Hang se acercó a Juan.

—¿De veras conoce a ese bruto? ¿Quién es?

—Maurik, hijo de Paladar. Su padre era el jefe de la tribu de los “obisnos”. Los japoneses hundieron el barco en el cual acabábamos de escapar de una Manila destrozada por los bombardeos. Los hombres de Baladar me recogieron con otros supervivientes. Maurik tenía entonces diecisiete años. Le enseñé a leer y también a disparar una “metralleta”. En cierta ocasión le salvé la vida. Y no lo ha olvidado.

—¡Es un asesino! ¡Un salvaje! —dijo la señorita Hang con pasión.

—Un simpático bruto, tiene usted razón.

—¿Le considera usted simpático?

—Sí.

—¿Acaso porque le ve alguna virtud?

—Al menos hay que reconocerle una cualidad. La amistad significa algo para él. Gracias a eso estoy vivo todavía.

—Entonces, diga, que se siente agradecido. No que le profesa simpatía ni estima su amistad —repuso la joven secamente.

Maurik regresaba después de explorar la cueva con su linterna.

—No hay nadie. Vámonos ya.

El grupo se puso en marcha.

CAPÍTULO VIII

PARA regresar a la caleta, Maurik escogió el camino más cómodo de la playa. El viento había cedido en las últimas horas de la noche y por entre las rápidas nubes que surcaban el cielo asomaba de tarde en tarde la rubicunda faz de la luna.

El mar seguía todavía bravo, aunque con tendencias a amainar el temporal. Ordóñez pensó que era una suerte, pues si el tiempo se aguantaba así los helicópteros no encontrarían ninguna dificultad para desembarcar a los comandos.

—¿De modo que tú estabas en aquel helicóptero que derribamos sobre la caleta? —exclamó Maurik, admirado—. ¿Sabes que obligamos a los soldados a volver al segundo helicóptero y les pusimos en fuga?

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Cómo? —preguntó Maurik pegando un respingo.

—¿Por cuánto tiempo crees que les has puesto en fuga? Yo estaba detrás de las palmeras viendo como rechazabais a los comandos. Fue una victoria fácil, debido al escaso número de los soldados y al hecho de encontrarse arrinconados contra el mar. Pero es dudoso que esas condiciones vuelvan a darse, a menos que tuvieras un centenar de hombres para dar la batalla a todos los comandos que pronto verás desembarcar.

—Solo tengo dieciocho hombres —repuso Maurik foscamente—. Podría tener cinco más si tú no los hubieses liquidado. No debería perdonarte eso y tú lo sabes.

—Has sido muy generoso conmigo, Maurik. Para corresponderte te voy a dar un consejo. Déjanos en la isla, reúne a tus hombres a bordo y márchate con tu barco. Antes de cuatro horas llegarán más helicópteros llenos de soldados. Veinte o treinta de esos helicópteros que aterrizarán aquí y allá, en la selva y la playa, y

formarán un cerco del que jamás podrás escapar.

—¡Veinte o treinta! ¿Pero hay tantos de esos aeroplanos en camino hacia Taui Taui? Dime la verdad, Juan. Y te advierto que si me mientes te mataré. Aunque seas mi amigo.

—¿Sabes lo que es un portaaviones, Maurik?

—¡Naturalmente! Los he visto más de una vez.

—Los filipinos han acondicionado un viejo mercante poniéndole encima una plataforma, y ha quedado convertido en un transporte de helicópteros. El barco no es bastante grande para que aterricen y despeguen de él aviones de caza o bombardeo, pero es suficiente para la misión que se la ha encomendado, o sea, llevar únicamente helicópteros. La piratería en este archipiélago está condenada al exterminio con la introducción de este barco en los modernos sistemas de lucha. En adelante jamás podréis sentiros seguros en ninguna de vuestras islas. Los helicópteros pueden explorar cada pulgada de terreno desde cualquier altura, aterrizan en cualquier terreno y pueden hacer muchos viajes muy aprisa llevando fuerzas de desembarco donde sea menester. El barco estará a la vista de la isla al amanecer de hoy. Pero incluso antes que el barco esté tan cerca, puede enviar sus aparatos repletos de soldados en nuestra busca. ¿Te das cuenta del grave peligro en que te encuentras?

Las palabras de Ordóñez dejaron al capitán pirata profundamente impresionado. Su irritabilidad a partir de este momento se hizo evidente cuando los hombres que llevaban a Chang tuvieron que detenerse a descargar.

Chang empezaba a dar señales de vida y Maurik ordenó que le echaran agua en el rostro para reanimarle. Andaban con esto cuando se vio llegar un hombre corriendo por la playa. Era uno de los hombres tío Maurik. El capitán pirata se alejó del grupo para escuchar lo que el mensajero tenía que decirle.

Al regresar junto al grupo volvía a sonreír.

—Vamos, no podemos perder más tiempo. Cargad con ese maldito chino si no es capaz de andar por sí mismo.

Mientras marchaban rápidamente por la playa, Juan sonsacó a su antiguo amigo:

—¿Vas a tomar alguna decisión respecto a lo que te he dicho? El tiempo apura. Si te retrasas demasiado en abandonar la isla…

—Sí, abandonaremos la isla y nos haremos a la mar dentro de poco. Y vosotros vendréis con nosotros. Zarparemos tan pronto amaine el temporal y podamos salir de la caleta con nuestro barco.

—¿No eres capaz de renunciar al precio de nuestro rescate, ni siquiera para salvar la piel?

—Si consigo salir a la mar antes que lleguen los helicópteros, ya no nos podrán coger. Mi barco corre más que cualquier portaaviones, y mientras os tengamos a bordo no se atreverán a bombardearnos. ¿No es así, Juan? ¡Ja… ja… ja!

Pese a cuantos esfuerzos hizo Ordóñez para convencer al pirata, no pudo disuadirle de este propósito. No cabía duda que algo que le dijo el mensajero le infundió nuevos ánimos. Juan no iba a tardar en saber qué era esta cosa.

Poco después llegaban a la playa donde aquella tarde los comandos de Rivas habían sostenido un combate con los piratas. Había gente bajo los cocoteros. Y varado en la arena un bulto extraño que, finalmente, Juan identificó como una gran balsa de caucho pintada de negro. El oleaje era todavía considerable. Mirando por encima de las olas, Juan distinguió a lo lejos una parpadeante luz que lanzaba rápidos destellos de Morse.

Juan sintió que sus esperanzas se desvanecían. Aquella luz parpadeante solo podía proceder de un barco. ¡El submarino había llegado! Los comandos del “Kanguro” no podrían evitar que el desdichado Muong Chang marchara con aquel submarino camino del holocausto.

Mientras Maurik se alejaba para conferenciar con los enviarlos chinos, los prisioneros se reagrupaban bajo la amenaza de las ametralladoras de los piratas.

Juan comunicó sus temores a sus amigos.

—¿Por qué no me dejó que me quitara la vida? —exclamó Chang, desesperado—. ¿No comprende que si me obligan a hablar muchas personas padecerán prisión y serán fusiladas en China? Y, finalmente, yo mismo no correré mejor suerte.

—¡Ojalá pudiera devolverle aquella pistola! —exclamó Juan—. Si evité que se matara fue solamente porque tenía la esperanza de que los comandos llegarán a tiempo para salvarnos a todos.

—La profesión del señor Ordóñez es la de entrometido impenitente —dijo Blacker—. Eso hasta que un día, a fuerza de

meter las narices donde no le importa, se quede sin ellas.

Maurik gritó en este momento una orden desconcertante:

—¡Llevad a los prisioneros al barco! ¡Al chino también!

Mientras les empujaban a través de la selva hacia la caleta, el doctor Nyam expuso su parecer:

—El “Kanguro” debe andar cerca. Tal vez el submarino lo haya detectado en su radar y se disponga a alejarse para tomar a Chang en otras aguas más tranquilas.

Debido sin duda a que las puertas de los dos camarotes estaban destrozadas, los prisioneros fueron llevados al pequeño comedor bajo cubierta, donde Ordóñez había matado al capitán Fukian. Tanto el cadáver de Fukian como el del centinela que Juan mató en cubierta, habían sido retirados.

Sentados alrededor de la pequeña mesa, con un centinela de vista en la puerta que daba, al corredor, los prisioneros se miraron unos a otros. En todos los rostros se apreciaban señales de fatiga. La señorita Hang, en especial, parecía extraordinariamente cansada. En la mejilla y la frente tenía algunos arañazos y una salpicadura de barro en la barbilla. Su ceñido jersey conservaba muy poca de su primitiva blancura, y a través de varias desgarraduras de sus pantalones se veía la carne sonrosada.

En aquel momento, sucia, despeinada y fatigada, no se diferenciaba de cualquier otra, de los millones de muchachas chinas que existían en el mundo, excepto porque ni su belleza sufría menoscabo ni siquiera así se disimulaba su singular aire de distinción superior.

Juan la observaba admirado cuando fue sorprendido por los ojos de la muchacha que se volvían hacia él.

—¿Qué habrá sido de sus amigos los comandos, señor Ordóñez? Tal vez estén demasiado entretenidos en alguna partida de “Tan-tan” para perder su tiempo en venir a rescatar a un puñado de pobres gentes.

—No tienen ustedes derecho a poner en duda el interés de nuestros marinos por rescatarnos. Para ustedes, esto puede ser una simple cuestión de dinero. Pero muchos soldados han dado ya su vida por rescatarles a ustedes, y otros caerán antes que logren salvarnos de los piratas. Mi opinión es que no hay dinero bastante en el mundo para pagar la vida de un hombre. Por lo tanto, si su

rescate de ustedes puede conseguirse con dinero, yo no arriesgaría en lugar del vicealmirante Loveda la vida de uno solo de mis hombres.

—Tal vea el vicealmirante haya llegado a la misma conclusión que usted —repuso Blacker con sarcasmo.

—Jim, cállese de una vez —dijo la señorita Hang—. El señor Ordóñez acaba de expresar un pensamiento que le honra. Eso no quiere decir que el vicealmirante desista de rescatarnos. Tiene que hacerlo por razones de prestigio, y también porque así se lo han ordenado. Si yo pudiera escoger en este asunto, preferiría pagar hasta un millón de dólares antes que ver a uno solo de esos valientes muchachos dar su vida por mi rescate. Discúlpeme, Ordóñez. No debí decir eso.

Blacker guardó silencio mordiéndose los labios. Arriba, en la cubierta, sonaron pasos.

Poco después, Maurik llegaba por el angosto pasillo y entraba en la cámara. Sus perspicaces ojillos miraron al círculo de rostros que le contemplaban con mal oculta ansiedad.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Ordóñez con acento irritado.

—Tú eres un buen amigo —dijo Maurik en su dialecto—. También eres amigo de tus amigos, y querrás ayudarles tanto a ellos como a mí. ¿No es así, Juan Español?

—Habla de una vez. ¿Qué nueva maldad estás maquinando?

—Los agentes Chinos quieren que les dé también a la señorita.

Juan saltó en su asiento.

—¿Te refieres a la señorita Hang?

—Háblame de ella. ¿Tiene mucho dinero? ¿Tiene veinte mil dólares? Eso es lo que he pedido a los agentes chinos. Pero dicen que no, que la señorita Hang entra en el precio por Chang.

—¡Maurik, si haces eso…! —rugió Ordóñez.

Algo de lo que se discutía había sido comprendido por Nyam. La propia Yamina había escuchado su nombre en labios de Ordóñez y de Maurik. Nyam saltó:

—¿Qué es lo que están diciendo de la señorita Hang?

—Los chinos quieren llevársela a ella también —informó Juan.

Yamina palideció. Chang saltó de su asiento.

—¡No consienta que hagan eso! La señorita Hang representa el

baluarte de la libertad frente a la opresión roja en todo el sudeste asiático. Sus periódicos son los únicos que todavía pregonan la verdad frente a la falacia de la propaganda roja. Si la llevan a China, la señorita Hang seguirá dirigiendo sus periódicos desde Pekín, con la diferencia de que en vez de combatir al comunismo, se pondrán de parte de él. ¡Ellos tienen medios para obligarla a hacer eso! ¡Ordóñez, no consienta que su amigo entregue a la señorita Hang a los chinos!

—No sé si podré arreglarlo. Maurik ha pedido veinte mil dólares por la señorita Hang.

—¡Aunque fueran cien mil! Diga a su amigo que la señorita Hang pagará lo que sea —exclamó el doctor Nyam.

Ordóñez se volvió a mirar a la joven. Sus bellos ojos estaban llenos de angustia y temor. Juntando las manos en ademán implorante murmuró:

—El dinero no importa. No permita que me lleven, señor Ordóñez. ¡Dios mío, no quiero ir a China…!

Ocultó el rostro entre las manos y sollozó. El llanto de la señorita Hang tuvo el poder de hacer hervir la sangre en el torrente circulatorio de Juan. Se volvió hacia Maurik y le echó la mano a las cartucheras para atraerlo hacia sí de un tirón.

—¡Si haces esa porquería te mataré, Maurik! —rugió acercando su rostro al del pirata—. ¡La señorita Hang no irá con los agentes chinos! ¡Ella te pagará tanto como te ofrezcan y diez mil dólares más! ¡Siempre diez mil más que ellos, no lo olvides!

Maurik sonrió mientras tomaba la mano del filipino español y la apartaba con suavidad y energía.

—¿Es tu novia? —preguntó—. ¿Tú amas a la señorita?

Cualquier medio de influir en el ánimo de Maurik no podía ser rechazado en este instante.

—¡Sí, es mi novia! —gritó Juan—. ¡La amo! ¿Te enteras? De modo que si me haces esa porquería jamás te lo perdonaré.

—Esos chinos son muy tacaños. No querrán pagar más, de modo que la señorita será para ti. Veinte mil y diez más, ¿no es eso? —Maurik sonrió—. De acuerdo, amigo.

—¡Maldito granuja! —refunfuñó Juan mientras el malayo se alejaba por el corredor. Se volvió hacia la muchacha, que le miraba

con pupilas agrandadas por la ansiedad—. Todo se arreglará, no se preocupe.

—Vamos, Yamina, ánimo —dijo la señora Nyam pasando su brazo sobre los hombros de la muchacha—. Sin duda el señor Ordóñez posee alguna mágica influencia sobre ese pirata. Y después de todo, los comandos pueden llegar de un momento a otro.

Blacker se puso repentinamente en pie y, dirigiéndose a Ordóñez dijo enfurruñadamente:

—Por lo que veo, solo se ha hablado del doctor Chang y del rescate de la señorita Hang. ¿Y de nosotros, qué? ¿Cuánto tendremos que pagar los demás por nuestro rescate?

—Eso carece de importancia, señor Blacker —dijo Nyam—. Cualquiera que sea el precio, con pagar estamos al cabo de la calle.

—¡Oh, no! ¡Lo que ellos quieran no! Quiero discutir mi propio precio. Nadie puede negarme el derecho a hacerlo —exclamó Blacker Y dirigiéndose al malayo que se recostaba contra el marco de la puerta le habló en filipino—: ¡Quiero hablar con Maurik! ¡Ahora mismo, inmediatamente!

La energía de Blacker debió impresionar de alguna forma al malayo. Este levantó los hombros y le remitió al otro pirata que vigilaba sentado en la escalera al final del corredor.

Blacker salió. Lee Nyam murmuró:

—¿Será posible que consiga una rebaja en el precio de su rescate?

—Es un tipo chocante ese Blacker. ¿Es de veras amigo suyo señorita Hang? —preguntó Ordóñez.

—Me lo habían presentado en Hong Kong cierta vez que coincidimos en una fiesta que daba la Embajada norteamericana, pero me había olvidado completamente de su existencia hasta que usted promovió el escándalo del contrabando de armas, acusándole directamente a él. Blacker me cablegrafió a Hong Kong en términos muy enérgicos, asegurando que iba a entablar pleito contra mi periódico y sacarme medio millón de dólares por daños y perjuicios si no rectificaba a su satisfacción. El asunto era delicado, pues muchas personas importantes en Manila, Hong Kong y los Estados Unidos iban a verse comprometidas en el caso si este seguía adelante…

—¡Oh, no tiene que jurármelo! —exclamó Ordóñez, riendo—. Me consta que el asunto del tráfico ilegal de armas está muy difundido entre más de una docena de peces gordos. Los que en los Estados Unidos tienen acceso a los depósitos de material de guerra usado… Los que pusieron su firma en guías de dudosa veracidad, y mucha gente que ha estado haciendo la vista gorda mientras importantes cantidades de armas en buen uso iban a parar a manos de los guerrilleros comunistas en Malasia, Indonesia, Laos, China y otras zonas de fricción en el sudeste asiático.

—En vista de la gravedad del caso decidí venir personalmente a entrevistarme con Blacker. Pero usted se negó a hacer la debida rectificación, con lo cual todavía se complicaron más las cosas. Yo tenía proyectado hacer un pequeño crucero de recreo con mis amigos, aprovechando mi viaje a Manila. Me pareció que sería una buena idea invitar a Blacker también para ver de aplacarle y llegar a algún acuerdo en los días que pasaríamos juntos embarcados.

—Y al segundo día de navegación fueron abordados y apresados por los piratas —agregó Ordóñez—. ¿No se le ha ocurrido pensar que el asalto de los piratas debió ser preparado con bastante anticipación? La presencia de los chinos en Taui Taui, para llevar al doctor Chang a China en un submarino, así lo demuestra. Su encuentro con los piratas no debió ser puramente casual. Maurik conocía el rumbo del “Penguin” y la posición en que este se encontraría en un momento determinado. ¿Habló a mucha gente de ese proyectado crucero, en Hong Kong?

—No, a nadie. En Hong Kong siempre tenía un par de policías siguiéndome los pasos. Se temía que los agentes secretos de la China roja intentaran asesinarme en cualquier momento, debido principalmente a la postura decididamente anticomunista de los periódicos que forman la cadena de mi propiedad en todo el Sudeste.

—¿Con cuánto tiempo proyectó su crucero de placer?

—Debió ser tres o cuatro días antes de que tomara el avión para Manila. El yate salió de Hong Kong con suficiente anticipación para encontrarse en Manila el mismo día que yo llegara a las Filipinas.

—Luego el capitán del “Penguin” conocía sus planes con suficiente tiempo para ponerse en contacto con los chinos, quienes a su vez llegaron a un acuerdo con los piratas de Joló para que

abordaran el yate y les secuestraran a ustedes.

—¿Lung Fukian? —exclamó la señorita Hang—. ¡Imposible! ¡Lleva a mi servicio tantos años como poseo el “Penguin”, y nunca en ningún momento demostró la menor simpatía por los comunistas!

—A veces, lo que no se hace por un ideal se hace por dinero. Fukian era chino. Cuando yo asalté este barco ayer tarde, Fukian salió de esta misma cámara empuñando una pistola. ¿No estaba, pues, encerrado con ustedes?

—No —dijo el doctor Nyam—. El camarote era demasiado pequeño para los cuatro. Eso fue lo que dijo Maurik.

—Se equivoca respecto a Fukian —aseguró la señorita Hang—. Sin duda la delación salió de los dos marineros que se pusieron al lado de los piratas y formaron causa común con ellos después del abordaje. Uno de ellos disparó contra nuestro radiotelegrafista e inutilizó la radio mientras el otro nos inmovilizaba encañonándonos con una ametralladora. Aquellos hombres llevaban poco tiempo en el “Penguin”.

—¿Quién los escogió?

—El capitán Fukian. Y la policía de Hong Kong revisó sus antecedentes políticos.

—Yo averiguaré la verdad por el propio Maurik —prometió Juan…

La discusión de Blacker con Maurik se prolongó bastante. Después de quince minutos, Maurik entró en la cámara seguido de Blacker y dos piratas “obisnos” armados de “metralletas”. Blacker se mantuvo apartado a un lado mientras Maurik daba una seca orden a sus hombres.

Las “metralletas” apuntaron al doctor Chang y a la señorita Lu Hang.

—Salid —dijo Maurik—. El submarino no puede esperar más tiempo.

—¡Maurik! —rugió Ordóñez saltando en pie—. ¡Tú dijiste que la señorita Hang no iría con los chinos!

—Tiene que ir.

—¡Maldición! ¿Qué significa esto? La señorita Hang te dará tanto dinero como te ofrezcan los chinos y diez mil dólares más.

Fija una cantidad, no importa la que sea. La señorita Hang tiene mucho dinero…

—No puedo, Juan. Lo siento —dijo Maurik con expresión súbitamente endurecida—. No puedo. La señorita tiene que ir con Chang.

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —chilló Juan mientras los piratas sacaban a la muchacha de un tirón—. ¡Me diste tu palabra! ¿Es que tu lengua es tan embustera como la de un perro?

Juan había asido a Maurik por las cananas que cruzaban el desnudo pecho de este y le zarandeaba. De pronto, Maurik le empujó hacia atrás contra la mesa y le propinó un golpe en la barbilla con la culata del fusil.

Juan cayó aturdido centra la mesa y después al suelo. Yamina Lu Hang tropezó con las piernas del periodista cuando los piratas la sacaban a tirones al corredor. Debido a lo angosto del espacio, se creó una regular confusión hasta que la señorita Hang y el doctor Chang fueron sacados al corredor y conducidos hacia la escalera con Maurik en último lugar.

—¡Maurik, perro! —chilló Juan fuera de sí—. ¡Cobarde, miserable y ladrón! ¡Te acordarás de esto!

El pirata que estaba en la puerta le empujó hacia atrás con el cañón de la “metralleta”. Bruscamente, Maurik dio media vuelta y volvió atrás hacia la cámara. Los oblicuos ojillos le centelleaban. Juan pensó que volvía para contestar con golpes a sus insultos, pero no se trataba de esto.

—Yo quería conservar a la chica para ti —dijo Maurik—. Si no he podido complacerte, da gracias de ello a este cerdo cobarde.

El índice de Maurik apuntaba acusador a Jim Blacker.

—¡Mentira, es mentira! —chilló Blacker.

—Él habló con el agente chino —continuó Maurik, sombrío—. Le contó todo lo que tú y yo habíamos hablado sobre el dinero del rescate, y entonces el agente me amenazó. Dijo que su Gobierno pagaría veinte mil por la señorita y que esta era su última oferta.

—¡Pero la señorita Hang estaba dispuesta a pagarte más! ¡Siempre más que los agentes chinos! —exclamó Juan, empapado de sudor frío.

—No se trata solo de dinero, Juan. El agente dijo que tendría

que aceptar sus condiciones, o llevaría el submarino frente a la caleta y nos torpedearía el barco. Dijo que jamás podríamos practicar la piratería, pues los submarinos chinos me buscarían y me hundirían allí donde me encontraran. Tú lo comprendes. ¿Verdad que lo comprendes, Juan? Tengo que darles a la señorita. Este perro cobarde le habló al agente para que se enfureciera conmigo.

El brazo de Maurik se extendió bruscamente propinando un revés en la cara a Jim Blacker, el cual fue lanzado con violencia contra el mamparo.

Luego, Maurik salió.

Al alejarse los pasos del capitán pirata se hizo amenazador silencio en la cámara. Puesto de pie y temblando de rabia, el doctor Nyam gritó mirando a Blacker:

—¡Cobarde! ¿Por qué tuvo que hacer eso? ¿Qué daño le había hecho esa pobre chica para que usted la traicionara? ¡Conteste! ¿Qué daño le había hecho?

—Le había hecho un daño —dijo Ordóñez avanzando amenazador hacia el norteamericano—. Un periódico de la señorita Hang había provocado ese escándalo acerca de les turbios manejos del señor Blacker y sus amigos. ¿Qué pensó usted, Blacker? ¿Tal vez que la señorita Hang se apresuraría a rectificar tan pronto llegue a la China roja y le obliguen bajo tortura a cambiar de actitud respecto al comunismo? ¿O simplemente quería vengarse en ella por el perjuicio que mi reportaje le causó a usted?

—¡Que se vaya al infierno! —chilló Blacker—. Después de todo, no es más que una mestiza.

Ordóñez le atrapó por el cuello y le empujó hacia atrás.

La cabeza del norteamericano golpeó con ruido en el mamparo, no una, sino varias veces, mientras Ordóñez le zarandeaba.

El cráneo de Blacker rebotaba en el mamparo como una pelota. El malayo que estaba en la puerta corrió a sujetar por detrás a Ordóñez. Juan se revolvió furiosamente contra el pirata propinándole un gancho en la barbilla. El hombre fue arrojado contra la mesa y Nyam le arrebató la “metralleta” por detrás.

La señora Nyam dejó escapar un ronco grito de temor. Un puñetazo de Ordóñez alcanzó al malayo entre los ojos y le derribó sin sentido en el corredor.

El malayo que estaba junto a la escalerilla se puso en pie y encañonó al periodista con su ametralladora.

Ordóñez dejó caer sus brazos con ademán desalentado. Hubo una pausa dramática mientras el pirata vacilaba entre disparar o no. Y en este silencio se escuchó un nuevo ruido. Un estrépito que se acercaba e iba rápidamente en aumento.

¡Motores de helicóptero!

El malayo levantó la cabeza, escuchando. Arriba sonaron voces. Pasos apresurados corrieron sobre la delgada cubierta de madera mientras aumentaba el poderoso rugido de los motores.

De pronto, una ametralladora antiaérea rompió a disparar en cubierta. Todo el barco acusó los estampidos y el retroceso del arma.

El pirata miró de nuevo a Ordóñez. Se decidió. Juan leyó su sentencia en los ojos del malayo y se arrojó de bruces sobre las planchas del corredor. La "metralleta" tableteó arrojando un chorro de balas que pasaron sobre la cabeza de Ordóñez, arrancando astillas del marco de la puerta y acribillaron a Jim Blacker, que se encontraba en la misma línea de tiro.

La "metralleta" hizo una pausa y el cañón bajó ligeramente para apuntar a Ordóñez.

En este momento asomó el doctor Nyam por el marco de la puerta y disparó con la metralleta que había arrebatado al primer guardián.

CAPÍTULO IX

EL malayo giró sobre sus talones, levantó los brazos soltando el arma y cayó de bruces contra la empinada escalerilla.

Juan Ordóñez saltó en pie y corrió a apoderarse de la metralleta.

Arriba, en la cubierta, fusiles y subametralladoras disparaban furiosamente uniendo su voz al estrépito de la potente ametralladora antiaérea. Luego alguien prorrumpió un grito agudo. Las armas ligeras dejaron de disparar y de nuevo se escuchó el correr de pasos precipitados sobre la cubierta en dirección a popa.

La ametralladora antiaérea siguió disparando con su ritmo solemne y más bien pausado.

Juan, junto a la escalerilla, se volvió a mirar hacia la cámara. El doctor Nyam se inclinaba sobre Blacker, siendo contemplado por la bella y asustada señora Nyam. El médico se incorporó meneando la cabeza y riño hacia Ordóñez.

—¿Está muerto? —preguntó Juan.

—Sí.

Los helicópteros rugían en el espacio, desde direcciones distintas, lo cual hizo suponer a Juan que se disponían a aterrizar en un círculo alrededor de la caleta, en la selva y detrás de los dos promontorios que daban origen a la abrigada y angosta caleta.

—Tal vez estén ustedes más seguros permaneciendo aquí —dijo al doctor Nyam.

—¿Dónde va usted?

—Voy a salir. Trataré de alcanzar a nuestros amigos antes que lleguen a la playa, aunque no sé si lo conseguiré. Llevan mucha delantera.

Sin esperar más se lanzó escalerillas arriba sacando la cabeza

por la escotilla.

Lo primero que advirtió fue que había sido retirada la red de enmascaramiento que antes ocultaba el barco. Estaba amaneciendo. Las primeras y difusas luces del alba iban clareando el cielo, y contra este se perfilaba la oscura silueta del promontorio.

Hacia la popa, la selva recortaba contra el espacio una línea desigual, destacando el surtidor de las palmeras. Sobre esta línea negra se movía una forma alargada que batía furiosamente el aire con un doble juego de palas.

Era un helicóptero tipo “plátano volador”. La ametralladora antiaérea, montada sobe una plataforma giratoria inmediatamente detrás del puente de mando, disparaba arrojando chorros de rastreadoras rojas contra el aparato. Esta ametralladora quedaba a menos de tres metros de la escotilla donde asomaba el periodista.

Juan pensó que sería buena cualquier clase de cooperación que prestase a los comandos, y aquella ametralladora antiaérea era por el momento un eficaz punto de apoyo para la defensa de los piratas.

Dos hombres manejaban la ametralladora, viéndose desierto el resto de la cubierta.

Apuntando rápidamente su metralleta, Juan disparó casi a quemarropa contra los servidores de la pieza. Los dos malayos rodaron fuera de la plataforma giratoria, cesando la ametralladora de disparar en el acto.

Con muy pocos cartuchos en su metralleta, Ordóñez salió por la escotilla y cruzó la toldilla hacia el tablón que hacía de plancha entre el barco y las rocas. El oleaje mecía todavía con rudeza al barco, lo cual era síntoma de que el mar no se había calmado por completo, debiéndose probablemente a esta circunstancia que Maurik no hubiese abandonado todavía la caleta.

El tiroteo era muy nutrido en la selva contigua a la caleta, predominando el fuego de las ametralladoras ligeras que tanto los comandos como los piratas utilizaban con preferencia a los fusiles.

Echando un rápido cálculo, Ordóñez se dijo que sería muy peligroso intentar llegar a la playa a través de la selva, teniendo que cruzar las líneas de los piratas, y a continuación la de los “marines”. El camino más seguro parecía ser el del promontorio, aunque era también el más largo y accidentado.

Corriendo sobre las rocas, Juan se dirigió hacia el promontorio. Estaba llegando arriba cuando sonó un disparo, una bala rebotó en la peña a su lado y una voz estentórea gritó desde arriba:

—¡Alto!

Juan identificó los capacetes de acero de dos “marines” filipinos que le encañonaban con sus metralletas agazapados detrás de una roca. Luego vio otros soldados que se movían entre las rocas en dirección a la caleta.

—¡Amigo, soy amigo! —gritó Juan. Pensando a continuación: “Estaría bueno que estos tontos me tumbaran ahora, después de haber salvado la piel de manos de los piratas”.

Le ordenaron tirar la ametralladora. Juan así lo hizo maldiciendo contra este retraso que tanto podía significar en el rescate de la señorita Hang y el doctor Chang. Un sargento se movió seguido de un soldado en dirección a Juan.

—Sí, es el periodista que acompañaba al comandante Pesing —dijo el sargento—. Pensábamos que estaba usted muerto.

—Lo estaré pronto —dijo Juan—. Reventaré del berrinche si no me dan un arma y me dejan continuar. Los chinos se han llevado a la señorita Hang y al doctor Chang hacia la playa. Tengo que darles alcance antes que puedan llevarles hasta el submarino.

—¿Quiere que le acompañemos?

—¡Vamos!

Seguido del sargento y el soldado, Ordóñez echó a correr cuan velozmente le permitían sus piernas por el accidentado terreno en dirección a la playa.

Desde el mar en sombra, una lámpara “Aldis” lanzaba rápidos destellos en dirección a la costa. El submarino todavía estaba allí. Y ya que utilizaba el telégrafo luminoso, era de suponer que lo hacía para comunicar con la balsa que esperaba en la playa.

El tiroteo seguía al otro lado del promontorio, escuchándose también el ruido de los poderosos motores de los helicópteros. Dos sombras vinieron volando por detrás del promontorio y se dirigieron hacia el mar, donde destellaba impaciente la lámpara “Aldis”. Inmediatamente se vio el pespunteo de fuego de las ametralladoras del submarino y los trazos rojos y verdes de las rastreadoras que volaban contra los helicópteros.

Juan sentía los pulmones próximos a estallarle, a pesar de lo cual continuó la carrera, dejando rezagados al soldado y al sargento que le seguían.

Mientras tanto, la luz del día iba aumentando, pintando el océano de pinceladas color mercurio. Al bajar saltando por las rocas hacia la playa que quedaba cerca, Juan sintió hundirse todas sus esperanzas al divisar una mancha negra que saltaba sobre las olas. ¡La balsa! Los tripulantes del submarino habían embarcado. ¿Se encontraban Yamina Lu Hang y el doctor Chang a bordo de la balsa?

Ahora ya podía distinguirse la forma oscura del submarino en el mar. Sus ametralladoras seguían disparando contra los helicópteros. Estos regresaban a baja altura hacia la playa.

Juan llegó corriendo a la faja de arena, justamente cuando uno de los helicópteros se posaba en la playa cincuenta metros más lejos.

La negra balsa de caucho estaba ya treinta metros mar adentro, después de haber salvado las grandes olas que iban desparramándose sobre la arena.

—¡Yamina! ¡Doctor Chang! —gritó Ordóñez entrando en el mar con agua hasta la cintura.

Las olas le empujaban y el rumor de la resaca era muy fuerte, mas todavía le parecía escuchar un grito lejano que contestaba desde la balsa.

Juan salió del agua y echó a correr hacia el helicóptero que se había posado más allá. La angustia más viva le dominaba. Una extraña desesperación se había apoderado de él. Llegó sin aliento junto al aparato. La portezuela de la carlinga estaba abierta y un oficial saltaba a tierra. Era Leonardo Rivas.

—¡Juan! —exclamó Rivas corriendo a su encuentro con los brazos abiertos—. ¡Muchacho, qué alegría!

—¡Déjame en paz! —rugió Ordóñez apartándole de un empujón—. No hay tiempo que perder. La señorita Hang y el doctor Chang van en esa balsa camino del submarino.

—Lo siento. Hemos intentado acercarnos al submarino pero sus ametralladoras estuvieron a punto de derribarnos.

El comandante sacudió la cabeza apesadumbrado.

—¡Llévame en el helicóptero sobre la balsa! —dijo Juan con acento apremiante—. Montaré sobre el flotador y me dejaré caer sobre la balsa si me lleváis sobre ella.

—¡Juan, tú estás loco! Esos tipos pueden estar armados y acribillarte a balazos antes que tengas tiempo de saltar sobre la balsa. También puedes caerte al mar y ser cazado a tiros como un pato silvestre.

—Tenemos que probar a hacerlo. ¿No comprendes que ese pobre hombre va camino de la muerte? ¡Y la señorita Hang…! ¡Maldita sea, ordena que me lleven sobre esa balsa!

El teniente Anambas era el piloto del helicóptero y asomó por la carlinga.

—¡Vamos! —dijo Leonardo, decidiéndose.

Trepó de nuevo a la carlinga. Juan saltó sobre uno de los flotadores, asiéndose a los tirantes de sujeción. El helicóptero hizo girar furiosamente sus dos rotores y se levantó del suelo, primero verticalmente, luego hacia atrás y girando luego para poner proa al submarino.

Apenas a cinco metros de altura, casi rozando la cresta de las olas, el helicóptero enfiló en línea recta hacia la balsa. Esta era del tipo grande. Cuatro hombres remaban con palas cortas, sentados por parejas a cada lado. Un hombre de uniforme blanco iba a proa, y otro que también vestía de blanco manejaba otra pala a popa.

En el centro de la balsa estaban la señorita Hang y el doctor Chang.

Los tripulantes de la balsa volvieron la cabeza al escuchar el ronquido del motor. El que iba a proa se puso en pie empuñando una ametralladora. El doctor Chang le propinó un empujón y lo tiro al agua por la proa. Los marineros se volvieron. Uno enarboló su canalete para asestar un golpe contra la espalda de Chang…

En este momento el helicóptero llegaba sobre la balsa. Juan calculó rápidamente la distancia y se dejó caer.

Cayó sobre la espalda del hombre de blanco que estaba a popa. Rodaron en confuso montón sobre la señorita Hang y el doctor Chang. Un canalete cayó sobre el cuello de Ordóñez. Este se volvió asestando un puñetazo al marino chino.

El hombre fue lanzado de espaldas al agua.

Aunque el hombre vestido de blanco estaba debajo de Juan, los otros dos marineros le atacaron con sus cortos remos. Uno de estos se hizo pedazos al golpear en la cabeza del periodista. El casco de acero salvó a Ordóñez de quedar descalabrado.

Chang disparó su puño contra uno de los marineros. Ordóñez le echó las manos al cuello al otro. El hombre empuñó un machete.

—¡Cuidado! —chilló agudamente la señorita Hang.

La balsa se balanceaba a punto de precipitarles a todos al mar. Hubiera sido una suerte que esto ocurriera, y Ordóñez lo deseó. Su mano sujetó la muñeca del marino, aunque no pudo impedir que la afilada punta de la hoja le atravesara la carne por encima de la clavícula.

De un empujón tiró al chino contra la borda, doblándole la muñeca de forma que la punta del machete se volvió contra la garganta de su propio dueño. Juan empujó para clavar el arma en la garganta del chino, pero este en un último desesperado esfuerzo logró apartar la aguda punta del acero. El machete se clavó en la lona de la balsa y abrió en esta una rajadura de doce centímetros, por la cual escapó rápidamente el aire que la inflaba.

Los cuatro hombres estaban todavía luchando a brazo partido cuando la balsa se hundió, y en menos de un minuto todos se vieron en el agua. Allí, Ordóñez se libró de su enemigo propinándole un puñetazo en la nariz.

El chino se hundió. Reapareció después dos metros más allá y se puso a nadar velozmente hacia el submarino. Los restantes marineros, incluso los dos oficiales vestidos de blanco, también empezaron a nadar en dirección al submarino.

Juan se volvió, buscando a Chang y a la señorita Hang. Chang estaba allí cerca nadando, y la señorita Hang agitó una mano un poco más lejos, significándole que se encontraba bien.

Los náufragos chinos gritaban ahora. Juan miró hacia el submarino y vio que este se estaba sumergiendo ¿Qué ocurría?

Lo comprendió poco después al ver dos aviones que venían volando a baja altura desde el mar. El sumergible casi había desaparecido bajo el agua cuando los dos aviones pasaron rugiendo sobre él.

Eran dos cazabombarderos reactores de la Armada norteamericana. Ordóñez tuvo un acceso de risa al imaginar la

indignación del vicealmirante Loveda. Este, al fin, no había podido impedir que aquellos entrometidos americanos vinieran a meter su dedo en el pastel.

El helicóptero del teniente Anambas volvía rugiendo, haciendo girar sus grandes rotores. Se inmovilizó sobre los náufragos y descolgó un cable que terminaba en una especie de pequeño trapecio.

Chang y la señorita Hang se habían reunido con Juan. Este gritó a la muchacha:

—¡Cójase al trapecio, el helicóptero la conducirá hasta la playa a remolque! Usted también, doctor Chang—. Los dos pueden ir en el mismo viaje.

—Está usted herido, Juan —dijo Chang con voz serena—. Vaya usted primero. Soy buen nadador y resistiré cuanto sea menester.

Juan veía en este momento un segundo helicóptero que volaba en dirección a ellos desde la playa. Atrapó el pequeño trapecio. Yamina Lu Hang nadó con elegantes brazadas hasta él y se asió también a la barra.

El helicóptero empezó a moverse con lentitud hacia tierra, remolcando sobre el agua a los dos náufragos. La resistencia del agua era muy fuerte contra las piernas de Juan y este sintió que se resentía de la herida del hombro.

Apretando los dientes aguantó, hasta que de pronto sintió que la señorita Hang pasaba su brazo por debajo del suyo.

—¿Qué hace? —gritó Juan.

—Deje que le ayudemos, al menos por una vez —contestó la joven también a gritos para hacerse oír del estruendo del aparato que volaba sobre ellos—. Hasta ahora, usted lo ha hecho todo.

El helicóptero les arrastró hasta la playa y se inmovilizó allí, dando tiempo a los náufragos para que soltaran el trapecio.

Varios soldados estaban llegando a la playa y otro helicóptero venía volando sobre los cocoteros.

Juan se dejó caer sentado en la arena y la señorita Hang lo hizo a su lado. Los helicópteros volvían hacia el mar para recoger a Chang y a los náufragos chinos. El submarino había desaparecido y los dos cazabombarderos americanos pasaron en vuelo bajo sobre la playa.

—¡Uf! —exclamó Juan, tocándose el hombro herido.

—¿Me permite que vea eso? —dijo la señorita Hang.

Ordóñez no se negó a ello. La muchacha tiró hacia atrás de la camisa, descubriendo la sangrante herida del hombro. Súbitamente palideció. Juan adivinó que iba a desmayarse y la sostuvo rodeándola con sus brazos. La señorita Hang apoyó su cabeza en el pecho de él.

—Mucha gente se desmaya a la vista de la sangre —dijo Juan.

—La verdad es… que yo soy una de ellas —murmuró la muchacha. Levantó el rostro y le miró a los ojos—. Por una vez que intento hacer algo por usted, voy y me desmayo. ¿Escribirá también esto cuando haga su reportaje?

—¡Ah, mi reportaje! —exclamó Juan—. ¿Verdad que hay argumento hasta para hacer una película?

—Con usted como primer protagonista. La verdad es que le juzgué mal la primera vez que nos encontramos. Se ha expuesto mucho por nosotros.

—No lo hice por ustedes. Tenía que escribir mi reportaje para demostrarle a Croft que todavía soy un buen periodista.

—¿Tenía que jugarse la vida también por su reportaje, cuando se encaramó al flotador de aquel helicóptero y vino a tirarse sobre la balsa? —preguntó la joven.

Ordóñez sintió que enrojecía.

—No podía permitir que les llevaran a ustedes a China. Ese pobre Muong Chang habría sido torturado y finalmente fusilado… Y en cuanto a usted… ¡Bueno, diablo! ¿Es que uno no puede hacer una buena acción sin que tenga que dar explicaciones del porqué de su conducta?

Ella solo se rio, mirándole con sus oblicuos y acariciadores ojos. Una voz sonora restalló a espaldas de la pareja:

—¡Ordóñez, diablo! ¡Tú debes tener siete vidas como los gatos!

Era el vicealmirante Loveda, con casco de acero, cartucheras y una, “metralleta” en la mano.

Juan y la señorita Hang se pusieron en pie.

—¿Cómo usted aquí? —exclamó Juan—. Yo pensaba que los almirantes se quedaban a dirigir las operaciones desde su barco.

—Eso lo harán los almirantes que cuentan con muchos barcos y

millares de hombres. En un pequeño país como el nuestro, todos tenemos que arrimar el hombro cuando hace falta. Creo que hemos resuelto el caso satisfactoriamente… con la ayuda del periodismo, naturalmente. ¿Y usted, señorita Hang? ¿Cómo se encuentra?

—Agradecida a la Marina filipina… y al periodista.

La señorita Hang dedicó una sonrisa a Ordóñez. Luego se alejó para reunirse con el doctor Chang, al que un helicóptero depositaba en este momento en la playa.

EPÍLOGO

JUNTO a la barra del "Oriental Bar", el comandante Rivas se encontró con su viejo amigo el periodista Ordóñez. Rivas, al que acompañaba su esposa, esbozó una sonrisa,

—He leído hoy el último episodio de tu reportaje —dijo al estrecharle la mano—. Muy interesante, aunque exagerada la nota en lo que se refiere a participación en la aventura. Que lo hicieras con Charlie Pesing, no importa. Pesing está muerto y su figura adquiere bajo tu pluma el carácter de un auténtico héroe. Lo fue en realidad. Su viuda me ha pedido que te exprese su más sentido agradecimiento.

—Nadie tiene que agradecerme nada, Leonard. Tú, el vicealmirante Loveda, el comandante Pesing… todos sois personajes reales de una aventura de la que solo yo he salido ganando algo. La exclusiva de mi reportaje me ha reportado un buen puñado de dólares y una popularidad que ya empezaba a echar de menos. En cambio, vosotros…

—También hemos ganado algo —dijo Rivas—. A todos nos gusta ser recordados de vez en cuando. Y con motivo de esta aventura y la difusión de tu reportaje, la Marina de la República se ha sentido honrada en sus héroes. Honores, esto es a todo lo que aspiran los soldados que a diario se arriesgan combatiendo en un lado u otro por la patria. La Marina filipina y sus hombres se sienten sobradamente recompensados con haber logrado el rescate de los prisioneros y haber asestado un golpe definitivo a la piratería en el Mar de Joló. ¿Vienes a nuestra mesa?

—Estoy esperando a unos amigos.

Rivas miró sobre el hombro de su amigo hacia la puerta de la calle.

—¿A esos, tal vez?

Juan volvió la cabeza. La señorita Hang, bellísima en su elegante vestido de noche, entraba del brazo de la guapa señora Nyam. Les seguían Muong Chang y el doctor Nyam. Un poco rezagados llegaban también Croft y su esposa.

—Buenas noches, Juan. Mañana zarpamos de nuevo con nuestra dotación completa de helicópteros. Siento que no nos acompañes en la próxima aventura.

—Ya me contarás… Buenas noches, señora Rivas —murmuró Ordóñez con una inclinación de cabeza.

Croft, Nyam y Chang retiraban las sillas para que se sentaran sus respectivas parejas cuando Juan llegó junto a la mesa.

—¡Vaya, aquí tenemos al desertor! —dijo Croft entre dientes.

Juan besó la mano a la señora Nyam y la señora Croft. Luego se volvió hacia la señorita Hang.

—¿Bailamos?

Se alejaron hasta la pista en el momento que empezaba a tocar la orquesta. Juan pasó su brazo en torno a la esbelta cintura de la joven. Ella le miraba con sus oblicuos ojos ligeramente entornados.

—Está muy elegante con ese “smoking” —observó.

—¿De veras se lo parezco? Con sinceridad le confesaré que me ha costado un pico acudir a esta cita.

—¿Un pico?

—Lo que me costó el “smoking”. ¿Para qué demonios me va a servir después el “smoking”?

—¿Siente de veras haber tenido que gastar tanto dinero por mí?

—No, eso no. Después de todo, el dinero que he ganado contando su aventura de usted, es el que me na permitido acudir esta noche vestido como un figurín.

—¿Ha visto cómo, después de todo, no pudo usted impedir que mis periódicos publicaran su reportaje? —exclamó ella, riendo.

—Sí, fue una mala faena de la agencia a la que vendí la exclusiva.

—¿Está resentido por ello?

—No. En el fondo no soy rencoroso. El hombre no sabe nunca lo que más le conviene hasta el final. Ya ve; usted me despidió, y por perder el empleo me embarqué con los comandos que iban a perseguir a los piratas… y la volví a encontrar, y gano dinero

encima.

—¿Qué hará ahora que ha hecho famoso su nombre?

—La agencia “American Press” me ha ofrecido un empleo. ¿Cree que debo aceptar?

—¡No! —repuso la muchacha, con rapidez.

—¿Por qué dice eso?

Ella enrojeció.

—Naturalmente, usted es libre de hacer lo que mejor le parezca. Yo… Yo también quería ofrecerle un empleo.

—¿De modo que esas tenemos? ¿Me pone de patitas en la calle y ahora…?

—No es como simple reportero como le quiero emplear, sino como director.

—¿Director de alguno de sus periódicos? —exclamó Juan, estupefacto, dejando de bailar.

—No de uno determinado, sino de todos. Una especie de editor adjunto. Mi cadena de periódicos no está debidamente atendida. Necesita de una persona que supervise el trabajo de los directores, y dicte las normas y establezca las reglas que mejor le irán a cada periódico en un determinado caso, una persona que esté viajando continuamente de Manila a Hong Kong, a Saigón, a Rangún…

—¿Por qué me ofrece eso? ¿Le remuerde la conciencia por haberme tratado tan mal?

—No se trata de eso, sino de reconocer sus méritos como periodista. Pero no está obligado a aceptar, si es que le gusta más dedicarse a trotar por el mundo, saliendo de un tiroteo para meterse en un bombardeo aéreo o cualquier otra calamidad en los teatros de la guerra que por su profesión se verá obligado a visitar.

—Espere, no he dicho que rechace su proposición —dijo Juan, estrechándola contra sí.

—Bueno, entonces…

—Quizá me juzgue usted demasiado ambicioso, pero yo soy de los que lo quieren todo o no aceptan nada. Editor adjunto… ¿Qué clase de título es ese? Yo me encargaría de dirigir esa birria de periódicos suyos con una condición.

—¿Cuál? —preguntó la señorita Hang, mirándole anhelante a los ojos.

—No quiero su título de editor “adjunto”, sino el de editor consorte. O me caso con usted, o nada.

—¡John! —exclamó la señorita Hang, enrojeciendo.

—¿Qué dice usted?

—¡Dios mío, pero no podemos concertar nuestro casamiento en los términos de un frío contrato comercial! —protestó la muchacha.

—Tienes razón —murmuró John. Miró a su alrededor y la empujó por el brazo—. ¿En el jardín?

La tardanza de la pareja obligó al doctor Nyam a salir al jardín en busca de los fugitivos. Los halló debajo de una buganvilia estrechamente abrazados, las bocas fundidas en acariciante e interminable beso…

Nyam regresó a la mesa e informó:

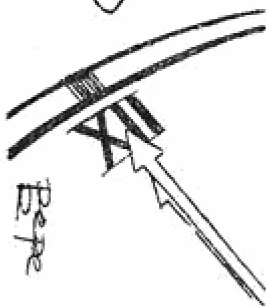
—La aventura de Taui Taui ha tenido consecuencias imprevistas. Empecemos a cenar. La señorita Hang y Ordóñez pueden pasarse perfectamente sin alimentos… al menos por el momento.

FIN



TUMBA CERRADA

por A. Rolcest



Carcajadas... taponazos del champaña... estridentes acordes de la orquesta... En el cabaret, todo era como un ensordecedor himno de despedida al año que terminaba.

¡Pero fue el estruendo de las doce campanadas lo que ahogó el estampido de unos disparos que segaban la vida de un hombre!



APARECERA LA PROXIMA SEMANA

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 6-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



Harry Belafonte

1503

Obtuvo gran éxito como cantante de "calypso" y más tarde en el cine. Nació el 1 de marzo de 1927 en Nueva York. En nuestra patria le conocimos en "La isla del sol"


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA
PRECIO EN ESPAÑA 7 ptas.